

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

~~~~~

## LA ESCALA DEL MATRIMONIO.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.  
1831.

# CATALOGO

## de las obras Dramáticas y Liricas de la Galeria

### EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...  
Amor de antesa  
Abelardo y Eloisa.  
Abnegacion y nobelza.  
Angela.  
Afectos de odio y amor.  
Arcanos del alma.  
Amar despues de la muerte.  
Al mejor cazador...  
Achaque quieren las cosas.  
Amor es sueño.  
A caza de cuervos.  
A caza de herencias.  
Amor, poder y pelucas.  
Amar por señas.  
A falta de pan...

Bonito viaje.  
Boadicea, *drama herótico*  
Batalla de reinas.  
Berta la flamenca.  
Baronetro conyugal.  
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que verra.  
Canizares y Guevara.  
Cosas suyas.  
Calamidades.  
Como dos gotas de agua.  
Cuatro agravios y ninguno.  
¡Cómo se empena un marido!  
Con razon y sin razon.  
Como se rompen palabras.  
Conspirar con buena suerte.  
Chismes, parientes y amigos.  
Con el diablo a cuchilladas.  
Costumbres politicas.  
Contrastes.  
Catalina.  
Carlos IX y los Hugonotes.  
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.  
D. Primo Segundo y Quinto.  
Deudas de la conciencia.  
Don Sancho el Bravo.  
Don Bernardo de Cabrera.  
Dos artistas.  
Diana de San Roman.  
D. Tomás.  
De audaces es la fortuna.  
Dos hijos sin padre.  
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.  
¡Está loca!  
En mangas de camisa.  
El que no cae... resbata.  
El Niño perdido.  
El querer y el rascar...  
El hombre negro.  
El fin de la novela.  
El flántropo.  
El hijo de tres padres.  
El último vals de Weber.  
El hongo y el miriñaque.  
¡Es una malva!  
Echar por el atajo.

El elavo de los maridos.  
El oncenno no estorbar.  
El anillo del Rey.  
El caballero feudal.  
¡Es un angel!  
El 5 de agosto.  
El escondido y la tapada.  
El licenciado Vidriera.  
¡En crisis!!!  
El Justicia de Aragon.  
El Monarca y el Judío.  
El rico y el pobre.  
El beso de Judas.  
El alma del Rey Garcia  
El atan de tener novio.  
El juicio publico.  
El sitio de Sebastopol.  
El todo por el todo.  
El gitano, ó el hijo de las Alpu-  
jarras.  
El que las da las toma.  
El camino de presidio.  
El honor y el dinero.  
El payaso.  
Este cuarto se alquila.  
Esposa y mártir.  
El pan de cada dia.  
El mestizo.  
El diablo en Amberes  
El ciego.  
El protegido de las nubes.  
El marqués y el marquésito.  
El reloj de San Rácdio.  
El bello ideal.  
El castigo de una falta.  
El estandarte español á las costas  
africanas.  
El conde de Montecristo.  
Elena, ó hermana y rival.  
Esperanza.

Furor parlamentario.  
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el  
ahijado de todo el mundo.  
Genio y figura.

Historia china.  
Hacer cuenta sin la huésped.  
Herencia de lagrimas.

Instintos de Alarcon.  
Indicios vehementes.  
Isabel de Médicis.  
Ilusiones de la vida.

¡Jalme el Barbudo.  
Juan sin Tierra.  
Juan sin pena.  
Jorge el artesano.  
Juan Diente.

Los Amantes de Clinchon.  
Lo mejor de los dados...

Los dos sargentos espa  
Los dos inseparables.  
La pesadilla de un caser

La hija del rey René.  
Los extremos.  
Los dedos huéspedes.  
Los éxtasis  
La posdata de una carta.  
La mosquita muerta.  
La hidrofobia.  
La cuenta del zapalero.  
Los quid pro quos.  
La Torre de Londres.  
Los Amantes de Teruel.  
La verdad en el Espejo.  
La banda de la Condesa.  
La esposa de Sancho el B  
La boda de Quevedo.  
La Creacion y el Diluvio.  
La gloria del arte.  
La Gitanilla de Madrid.  
La Madre de San Fernand  
Las flores de Don Juan.  
Las apariencias.  
Las guerras civiles.  
Lecciones de amor.  
Los maridos.  
La lápida mortuoria.  
La bolsa y el bolsillo.  
La libertad de Florencia.  
La Archiduquesita.  
La escuela de los amigos.  
La escuela de los perdidos  
La escala del poder.  
Las cuatro estaciones.  
La Providencia  
Los tres banqueros.  
Las huérfanas de la Carida  
La niña Iris.

La dicha en el bien ajeno.  
La mujer del pueblo.  
Las bodas de Camacho.  
La Cruz del misterio.  
Los pobres de Madrid.  
La planta exótica.  
Las mujeres.  
La union en Africa.  
Las dos Reinas.  
La piedra filosofal.  
La corona de Castilla (ale  
La calle de la Montera.  
Los peados de los padres.  
Los infieles.  
Los moros del Riff.  
La segunda cenicienta.  
La peor cuña.  
La choza del almadreno.  
Los patriotas.  
La peor cuña.  
Los lazos del vicio.  
Los molinos de viento...

Llueven hijos.

MI mamá.  
Mal de ojo.  
Mi oso y mi sobrina.  
Martin Zurbano.  
Marta y Maria.

# **LA ESCALA DEL MATRIMONIO.**

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

**DON ENRIQUE GASPÁR.**

Estrenada con aplauso en el teatro Principal de Valencia el 15 de Mayo de 1861, á beneficio de la primera actriz Doña Matilde Duclós.



**MADRID.**

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9

**1861.**

## PERSONAJES.

## ACTORES.

|                                     |                      |
|-------------------------------------|----------------------|
| ELISA.....                          | Doña MATILDE DUCLÓS. |
| MARIA.....                          | MATILDE BAGÁ.        |
| JULIA.....                          | AMALIA MONDEJAR.     |
| MANUELA.....                        | CAROLINA DUCLÓS.     |
| ARTURO.....                         | D. FERNANDO OSSORIO. |
| D. GASPAR.....                      | MANUEL OSSORIO.      |
| CÁRLOS.....                         | JOSÉ OLONA.          |
| RODRIGUEZ, soldado<br>andaluz. .... | PEDRO GARCIA.        |

---

D. Gaspar vestirá el uniforme de la Guardia Real únicamente en el primer acto.

---

*La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y con arreglo á la ley de propiedad literaria nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante convenios internacionales.*

*Los comisionados de D. Alonso Gullon, editor de la coleccion de obras dramáticas y líricas titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.*

*Que ta hecho el depósito que exige la ley.*

Á LOS SEÑORES

**D. FERNANDO Y D. MANUEL OSSORIO.**

**E**l interés y el cariño con que han acogido VV. mi primer ensayo dramático, tan solo es comparable con el reconocimiento y la sincera amistad que les profesa su agradecido y constante admirador

Enrique.

Digitized by the Internet Archive  
in 2012 with funding from  
University of North Carolina at Chapel Hill

*José García y Espada*

---

## ACTO PRIMERO.

Sala bien amueblada.—Puertas laterales y en el foro.—  
En segundo término de la derecha un balcon.

### ESCENA PRIMERA.

MANUELA limpiando los muebles.

¡Qué triste es mi condicion!  
Pasar la vida rabiando,  
sin aspirar á otra cosa  
que á no perder el salario.  
Y digo, estar á las órdenes  
de un par de recién casados,  
viendo siempre sus caricias,  
sus amores contemplando,  
mientras yo testigo mudo  
les quito el polvo á los trastos.  
¡Vamos, yo me vuelvo loca!...

(Se oyen los ecos de una banda militar, y se dirige precipitadamente á la ventana.)

¡Calla! música, soldados.

Pues si es la Guardia Real.

¡Qué apuestos son, qué bizarros!  
asi me gustan los hombres,  
con un bigote de á palmo.

Esto varia de aspecto. (Bajando.)

Ya le encuentro más encantos

á Aranjuez; por fin mi suerte  
 se vá ya dulcificando.  
 ¿No encontraré yo un buen mozo  
 que me festeje entre tantos?  
 algun cabo, ó un sargento,  
 ó algun oficial, ¡qué diablos!  
 y saldré por el paseo  
 luciendo con este garbo  
 mi basquiña de alepin  
 y mi zapato de raso,  
 y con la galga ciñendo  
 mi tobillo torneado  
 he de hacer que donde pise  
 vayan los hombres besando.  
 Yo estoy loca de alegría...  
 ¡Ea! ya salen mis amos.  
 Á ver, á oír, á callar  
 y á quitar polvo á los trastos.  
 Lo mejor será marcharme.

## ESCENA II.

DICHA, ELISA y ARTURO.

ARTURO. Aguarda, Manuela.

MAN.

Aguardo.

(Arturo conduce de la mano á Elisa á un extremo del teatro, y se sientan.)

ARTURO. ¡Elisa, cuánto te adoro!

ELISA. Arturo, tú eres mi encanto.

MAN. (Ya principia el tiroteo.)

ARTURO. Soy tan feliz... (Besándole la mano.)

MAN.

(¡Cañonazo!...)

Con su amor me estan poniendo  
 los dientes asi de largos...)

ARTURO. Para mí no hay mayor dicha

que la de estar á tu lado

oyendo tu dulce voz,

tu aliento dulce aspirando.

¿Eres feliz?

ELISA.

Muy feliz.

Del amor entre los brazos



- creo el mundo un paraíso  
lleno de placer y encanto.
- MAN. (¿Á que el papel de serpiente  
estoy yo representando?)
- ELISA. Parece todo mas bello.
- ARTURO. ¡Cuánto nos amamos, cuánto!
- MAN. (Me haré presente, porque esto  
sube de punto por grados.)  
Señorito, usted decia...
- ELISA. ¡Ay!
- ARTURO. Ves, ya la has asustado.  
De nada cuidas, de nada.  
¿Elisa, te vá pasando?
- ELISA. No fué nada.
- ARTURO. Sal de aqui. (Á Manuela.)  
Vete á arreglar nuestro cuarto;  
cuida de no interrumpirnos.
- MAN. (Rompan fil... á hacer el rancho.) (Váase.)

### ESCENA III.

ELISA y ARTURO.

- ARTURO. Ya estamos solos aqui.  
¿Gozas mucho, no es verdad?
- ELISA. ¿Hay mayor felicidad  
que estar siempre junto á tí?  
¿Son tan dulces tus palabras!...  
Yo te adoro con exceso;  
tú eres todo mi embeleso,  
tú solo mi dicha labras.
- ARTURO. Y ese amor angelical  
¿será eterno?
- ELISA. Yo en tí fio.
- ARTURO. Te lo juro.
- ELISA. Arturo mio.
- ARTURO. ¡Qué mujer tan celestial!  
yo á tus caprichos me ajusto.  
Ya hace un mes que estás casada,  
y en todo ese tiempo, nada,  
no hemos tenido un disgusto.
- ELISA. Ni lo habrá: dulce reposo

te ofrece mi amor sincero.

ARTURO. Pero...

ELISA. Vamos, ya hay un pero.

ARTURO. Elisa, soy tan celoso...

Permite que te demuestre  
mi falta una y otra vez.

¿Ves? te he traído á Aranjuez  
á hacer la vida campestre.

Porque entre arbustos y vides  
estás libre de asechanzas,  
sin matar mis esperanzas  
el temor de que me olvides.

ELISA. ¡Calla, Arturo, qué profieres!

Tal vez me olvides tú á mí.

ARTURO. Te juro que excepto á tí  
odio á todas las mujeres.

No hallo en ellas ese acento  
que trastorna mi cabeza,  
ni las encuentro belleza,  
ni las concedo talento:  
ni esa dulce poesía  
que encierra tu amor profundo.

En fin, no existe en el mundo  
otra mujer cual la mía.

Qué mentis hemos de dar  
á los que siempre han creído  
que íbamos en el olvido  
nuestro amor á sepultar.

Unidos en dulces lazos  
viviremos, te lo juro,  
tú en los brazos de tu Arturo,  
yo de mi Elisa en los brazos.

Y sin que duelos prolijos  
trastornen tanta fortuna,  
te veré junto á su cuna  
arrullando á nuestros hijos.

Y aun quieres tú que yo crea  
que puedo un día olvidar...

Vamos, si esto no es amar,  
que venga Dios y lo vea.

ELISA. Yo llevo mi amor muy lejos;  
y aunque opinen de mil modos,

creo que se engañan todos  
los que me han dado consejos,  
inclusa mi pobre madre,  
que me repite á menudo:  
«tú crees ser feliz, lo dudo;  
»tambien me engañó tu padre,»  
y añade...

ARTURO. ¡Qué doña Mónica!...

ELISA. Que es la mujer al marido  
lo mismo que es al oido  
el son de una caja armónica,  
que la escucha el primer dia  
y el ánimo se embelesa  
y de repetir no cesa  
aquella grata armonia;  
mas sucede que aquel canto  
por su insistencia notoria  
llega á aprender de memoria,  
y ya no le gusta tanto,  
y su belleza agotada  
de ella se ocupa en pretérito:  
«ha tenido mucho mérito,  
»pero está ya tan gastada...»  
hasta que por fin se nota  
su aburrimiento, y un dia,  
en vez de aquella armonia,  
llega á preferir la jota.

ARTURO. Eso no pasan de ser  
teorias de tu madre.  
Que diga lo que la cuadre;  
¡quién la puede convencer!  
Mi cariño viendo está;  
si vencerla no consigo,  
al tiempo doy por testigo;  
él desmentirla sabrá. (Pausa.)  
Elisa mía, esta vez  
me acosa un miedo terrible.  
¡Es la tropa tan temible,  
sobre todo en Aranjuez!  
Del parche al eco marcial  
ya las muchachas se agitan,  
y tal vez se despepitan

- por algun novio oficial.  
Su gallardo continente.  
su apostura y bizzarria,  
son capaces, hija mia,  
de trastornarlas la mente.  
Sí á tí te ven un momento  
ese rostro angelical,  
no temo ya al oficial,  
sino á todo el regimiento.
- ELISA. Como es tu amor tan vehemente  
ves peligro en cualquier parte.
- ARTUTO. Es que los hijos de Marte  
entran á tambor batiente.  
Yo sufro. Envidio á los cielos  
si su transparencia miras,  
y hasta el aire que respiras  
me dá enojos, me dá celos.  
Aunque en brazos del amor  
mi existencia se desliza,  
yo no sé, me martiriza  
la mente con tal rigor,  
que no halla seguro puerto  
para esta joya su Arturo.  
A ser posible, te juro  
que habitara en un desierto.
- ELISA. Aleja de tí esa idea.

#### ESCENA IV.

DICHOS y MANUELA.

- MAN. Señorita, señorita.  
ELISA. ¿Qué sucede?  
MAN. Una visita  
hablar con usted desea.
- ARTURO. ¡Una visita, pardiez!  
¡Maldigo su impertinencia!  
huyéndolas de Valencia  
nos vinimos á Aranjuez.  
Tendremos bromas, tertulia  
y paseos, no te asombre.
- ELISA. ¿Y no te ha dicho su nombre?

- MAN. Diz que es vuestra prima Julia.  
ELISA. ¡Mi prima!... (Azorada.)  
ARTURO. ¡La de Artaredo!  
Que pase. (Váse Manuela.)  
ELISA. Déjame á mí.  
Mira, márchate de aquí,  
que es muy linda y tengo miedo.  
ARTURO. Pero...  
ELISA. ¡Jesus, qué impaciencia!  
ARTURO. Adios.  
ELISA. Vamos, date prisa.  
(Arturo echa á andar, y vuelve á besarla la mano.)  
ARTURO. Ya empieza, querida Elisa,  
á separarnos la ausencia. (Váse.)

## ESCENA V.

ELISA y JULIA.

- JULIA. Con franqueza, soy de casa.  
¿En dónde está?  
ELISA. ¡Julia!...  
JULIA. ¡Elisa!...  
No dirás que no procuro  
visitar á mi familia.  
Me lo acaba de decir  
en este instante mi tía... (Se sientan.)  
ELISA. Me causa mucho placer  
el volver á verte, prima,  
despues de tan larga ausencia.  
JULIA. Tres años, un mes y dias;  
la fecha de mi consorcio  
con el capitan Medina.  
ELISA. Tú tan hermosa cual siempre...  
JULIA. Tú tan lisonjera, Elisa.  
Conque por fin tú tambien  
te casaste, picarilla.  
ELISA. Hace un mes.  
JULIA. Calla, ¿no mas?  
Entonces eres novicia.  
Excuso ya preguntarte;  
pues será inmensa tu dicha.

- ¿Y dónde está tu marido?  
ELISA. Creo que no está en la quinta.  
JULIA. Y al mes de su matrimonio  
asi te abandona, Elisa?  
ELISA. No, te diré, te diré...  
Era urgente la noticia...  
Por lo demas, mi cariño  
ni un solo momento esquiva.  
Siempre se encuentra á mi lado  
colmándome de caricias.  
No sabe vivir sin mí;  
su voluntad es la mia.  
JULIA. Hoy de la luna de miel  
todas las dulzuras liba,  
ya verás como eso mismo  
con el tiempo le fastidia.  
ELISA. ¿Fastidiarle? no, imposible;  
acaso tu esposo...  
JULIA. Mira.  
Cuando en brazos del amor  
empecé á cruzar la vida,  
un paraiso forjé  
en mi ardiente fantasia:  
yo adoraba en mi marido,  
él en su esposa querida:  
si estaba triste, lloraba,  
si estaba alegre, reia.  
Cobijados bajo un techo,  
colmándonos de caricias,  
diciendo siempre lo mismo  
y haciendo todos los dias  
esa vida pegajosa  
que estás tú pasando, Elisa.  
Pero llevada al extremo  
de no recibir visitas,  
ni salir nunca de casa,  
y habitar en la campiña;  
en fin, qué mas quieres, dí,  
que ocurrírse nos un dia  
comer en el mismo plato  
sentados en una silla?  
Pues bien; al cabo de un año

ya era la forma distinta:  
le causaba hasta molestia  
el dedicarme una risa;  
fingia mil compromisos,  
me proporcionaba amigas,  
y por no estar en su casa  
se iba al cuártel todo el dia,  
y en la prevencion con otros  
jugaba á cuarto á la brisca.

ELISA. Y de su vil proceder  
nunca cuentas le pedias?

JULIA. Cuantas veces quise hacerlo  
me contestaba en seguida:  
«yo de mi rey don Fernando  
sigo la causa legítima;  
él de la España á su gusto  
las riendas afloja ó tira,  
y yo he de regir mi casa  
por la forma que me rija.»  
En fin, llegué á comprender  
que otro remedio no habia,  
y me acomodé á su gusto.  
Desde entonces que me mima...

ELISA. ¿Y está siempre en casa?

JULIA. ¡Tonta!

si él me colma de caricias  
lo hace porque no me vé  
mas que dos veces al dia.  
Á Madrid volverá pronto;  
mas como aqui se respira  
mejor, ayer me he venido  
á gozar de la campiña.

ELISA. ¿Está ausente?

JULIA. En Barcelona.

Me harás algunas visitas...  
verás que amena tertulia  
tengo por las noches. prima.

ELISA. Mil gracias; apenas salgo.

JULIA. Pues estarás aburrida.

ELISA. No; me acuesto muy temprano.

JULIA. ¡Tarda tu esposo!

ELISA. (¡Maldita!)

Si, es verdad.

JULIA. En un instante  
me paso á la iglesia á misa,  
y á ofrecerme volveré  
á mi primo como prima.

Adios. (Se levanta.)

ELISA. (¡Qué locuacidad!)

Adios, Julia.

JULIA. Ya me iba  
sin preguntarte su nombre.

ELISA. Arturo Ibarra.

JULIA. ¿Y Encinas?

¡Pues si le conozco mucho!

ELISA. (¡Dios mio, le conocia!)

JULIA. Fué novio mio algun tiempo.

ELISA. (¡Fué su novio! ¡me horripila!)

JULIA. Sabe que es todo un buen mozo.

ELISA. Creo que tocan á misa.

JULIA. Pues me voy, no llegue tarde.

(Julia se vá; Elisa se deja caer en una silla.)

ELISA. ¡Ay, qué dolor! (Levantándose de repente.)

No, ¡qué ira!

## ESCENA VI.

ELISA y ARTURO.

ARTURO. ¿Se fué la visita? (Saliendo.)

ELISA. Si.

ARTURO. Ya estarás contenta...

ELISA. No.

ARTURO. ¿Qué te pasa?

ELISA. ¿Qué sé yo?

ARTURO. ¿Por qué me tratas así?

Yo no estoy contigo adusto;  
yo no te he faltado en nada.

ELISA. Si; pero al mes de casada  
me ha dado usted un disgusto...

ARTURO. ¿Me habla de usted!... ¡Esto mas!

¿Un disgusto? ¿qué profieres?

ELISA. Arturo, tú no me quieres  
ni me has querido jamás.



ARTURO. ¡Vamos, comprender no puedo!  
Explicate mas...

ELISA. ¡Qué oprobio!  
Niégame que has sido novio  
de la Julita Artaredo.

ARTURO. No lo niego; ¿á qué mentir?

ELISA. ¡Y lo afirmas!

ARTURO. Pero...

ELISA. ¡Quita!...  
La habrás llamado bonita.  
¡Ay! yo me quiero morir.

ARTURO. Pues yo tambien.

ELISA. No, yo sola.  
¡Se sentaria á su lado:  
como á mí la habrá llamado  
azucena y amapola!...  
Y sabe Dios, sabé Dios  
las que entrarán en la cuenta.  
Dírame yo por contenta  
si solo fuesemos dos.

ARTURO. Elisa, por Dios mas calma;  
si te pones á llorar...

ELISA. Quieres hacerme alcanzar  
de los mártires la palma.

ARTURO. Nunca existió ese cariño.

ELISA. Ahora niegas...

ARTURO. No te asombre.  
No fué la pasion del hombre,  
fué la quimera del niño.  
Figúrate tú qué amor,  
que iba con otras chiquillas  
poco menos que en mantillas  
á coser á la labor.  
El alma mia te juro  
que tan solo por tí alienta.

(La besa la mano.)

¿Vamos, estás más contenta?

ELISA. ¡Qué bueno que eres, Arturo!

¿Pero no me engañas, dí?

ARTURO. ¡Que Dios me lleve en seguida  
si yo he querido en mi vida  
otra mujer, mas que á tí.

Y á propósito de Julia.  
Me ha parecido escuchar  
que te queria obligar  
á asistir á su tertulia.  
No he tragado poca hiel:  
á veces á un compromiso  
tienes que acceder, preciso,  
por no hacer un mal papel.  
Estando presente yo,  
como he de acceder á todo,  
quisiera inventar un modo  
de darte á entender que no.  
Si tosiendo... justo, justo.

ELISA. Conocerán por el eco...

ARTURO. Pues si me estiro el chaleco  
es que me causa disgusto.

Perdona si se propasa  
tu Arturo; ¡te quiere tanto!...

ELISA. No sabes que eres mi encanto...

(Se quedan hablando muy juntos y cogidos de la mano. Rodriguez aparece en el foro sin ser visto.)

## ESCENA VII.

DICHOS y RODRIGUEZ.

ROD. (Aqui debe ser la casa.  
¡Por mi patron San Antonio!...  
(Reparando en ellos.)  
que esto es inmoral barrunto,  
pues opino que tan junto  
no se vive en matrimonio.)

ARTURO. Vamos, pasar mas no quiero  
sin contestar á tu tia.  
Voy á escribir, hija mia.

ROD. (La zoga tras el caldero.)

ARTURO. Hasta pierdo la memoria  
(Dirigiéndose con Elisa á la primera puerta de la  
derecha.)  
pensando en mi dulce Eden.  
(La besa repetidas veces la mano, mientras Rodriguez  
sigue progresivamente la cuenta, y desaparecen,

Elisa por la puerta de la izquierda y Arturo por la de la derecha.)

ROD. (Uno, dos, tres, cuatro... ¡Bien!  
¡Ay! ¡qué lástima de noria!)

## ESCENA VIII.

RODRIGUEZ, y á poco MANUELA.

ROD. Pues señor, su gusto alabo.  
Rodriguez, este es el mundo.  
Lo mismo es cabo segundo  
que decir segundo cabo.  
No les envidio su gozo.  
Aqui viene la fregona.

MAN. Muy buenos dias, patrona.  
(¡Un soldado, y qué buen mozo!)  
¿Y en qué puedo complacer  
á su mercé?...

ROD. ¡Friolera!...  
como yo te lo dijera  
tú no habias de querer.

MAN. No se haga usted el reacio,  
que tengo que hacer.

ROD. ¡Qué risa!..  
¿Cómo tienes tanta prisa  
viniendo yo tan despacio?  
(Acercándose mucho á Manuela.)

MAN. ¡Uf! ¡qué peste!...

ROD. Por Luzbel,  
no me huyas de esa manera,  
que esta fragancia hechicera  
son perfumes de cuartel.

MAN. Sea usted mas diligente:  
diga su objeto en seguida.

ROD. ¿Mi objeto?

MAN. El de su venida.

ROD. Eso es ya muy diferente.  
Ha llegado el regimiento  
y con él mi comandante;  
conque dispónle al intante  
un cómodo alojamiento.

Aquí tienes la boleta: (Se la dá.)  
hay que hacerlo, aunque á disgusto.

MAN.

Hablaré al amo.

ROD.

Es muy justo.

Yo me voy por la maleta.  
Que no te cause embarazo,  
pues sabrá recompensarse;  
por lo tanto despacharse.

(Se vá y vuelve, y la abraza.)

¡Ah! toma á cuenta este abrazo.

MAN.

Quite usted, atrevido, audaz.

ROD.

Si no te causa placer

me lo puedes devolver. (Vuelve á abrazarla.)

Vaya, ya estamos en paz. (Váse.)

## ESCENA IX.

MANUELA, ELISA, ARTURO, y luego RODRIGUEZ.

MAN.

Le habrán sabido muy bien...  
pues si un poco se propasa...  
¡Conque un alojado en casa!  
no vá á armarse mal belen.  
Ellos, cuyo afan constante  
es estar siempre juntitos.  
Señoritos, señoritos,  
una noticia importante.

ARTURO. ¿Visita?

MAN.

Mucho peor:  
tome usted esta receta.

ARTURO.

¡Qué miro! Es una boleta  
de alojamiento.

ELISA.

¡Qué horror!

ARTURO.

Es mi suerte muy cruel.  
Ya Julia, ya un alojado...  
Señor, se habrán figurado  
que mi casa es un cuartel?

ELISA.

¿Y no te puedes negar?

ARTURO.

Es fuerza que me conforme.  
¡Ay Dios mio! y de uniforme,  
que es tan guapo el militar.

No sin razon me incomodo.  
Un comandante ¡ay de mí!  
se me va á enojar aquí  
con municiones y todo.

ELISA. Pero, Arturo, por favor.

ARTURO. ¡Ay, Elisa! arde mi frente.

MAN. Mire usted que el asistente  
vendrá en seguida, señor.

ELISA. Vamos, resuelve por fin  
la habitacion que te cuadre.

ARTURO. Dispónle la de tu madre,  
ó el pabellon del jardin.

Si, le pondremos lejitos  
para que no haya reproche,  
y allí tal vez esta noche  
se lo coman los mosquitos.

Sé uraña con ese Marte,  
que no nos pueda sufrir,  
á ver si le hacemos ir  
con la música á otra parte.

Yo, cuyo mayor placer  
es verme solo á tu lado:  
y en fin, que yo me he casado  
para estar con mi mujer.

(Manuela se dirige hácia el foro.)

Elisa mia, por Dios,  
tú sola calmarme puedes.

MAN. Ea, prepárense ustedes,  
que aqui se acercan los dos. (Desaparece.)

ELISA. Yo pondré todo mi ahinco.

MAN. Sígame usted, militar. (Dentro )  
(Arturo coge la mano de Elisa.)

ELISA. No, que nos pueden pillar.

ARTURO. Uno tan oslo. (La besa la mano.)

ROD. (Que sigue á Manuela con una maleta al hombro.)  
¡Y van cinco! (Váse por la puerta derecha.)

## ESCENA X.

ELISA, ARTURO, D. GASPAS.

ARTURO. (Ya está aquí, vamos templanza.)

GASPAR. Caballero... Abur, señora.

Tal vez soy molesto ahora;  
mas lo exige la ordenanza.

Francamente, yo lo siento,  
pero el soldado obedece... (Pausa.)

(Puesto que él no me lo ofrece  
tendré que tomar asiento.)

(Se sienta entre los dos.)

ARTURO. (Ya estamos juntos los tres.)

Y viene usted...

GASPAR. De Valencia.

ARTURO. ¿Y es larga la permanencia?

GASPAR. No, señor, muy corta; un mes.

ARTURO. ¡Adios, esperanzas mías!...

¡Que no le partiera un rayo!...

¿Sufrirle un mes, y el de mayo,

que tiene treinta y un dias?)

GASPAR. Y esta jóven tan hermosa...

ELISA. Es usted muy lisonjero.

ARTURO. ¡Ay Dios mio, yo me muero!

ya ha parecido la cosa.)

GASPAR. No, soy franco. Yo he nacido

en las márgenes del Ebro.

ARTURO. Es mi esposa.

GASPAR. Lo celebro.

(Me gusta mas que el marido.)

ELISA. Descansará usted...

GASPAR. ¿De qué?

La jornada ha sido corta,

y el cansancio poco importante

estando al lado de usted.

ARTURO. (Me la requiebra el tunante,

y conmigo se hace el sueco;

pues me estiraré el chaleco,

no pase mas adelante.)

GASPAR. Lo que me extraña, y me fundo,

es que siendo usted tan bella

no quiera seguir la huella

de la córte y del gran mundo.

Aqui en el campo metida

es matár la juventud,

es buscar la senectud;

en fin, enterrarse en vida.

Sin sociedad, sin placeres;  
vivir oculta en la nada,  
pudiendo ser proclamada  
por reina de las mujeres.

¿No es usted de mi opinión? (Á Arturo.)

Es una lástima, amigo.

ARTURO. Si yo siempre se lo digo:  
no comprendo tu afición.

(Estirándose el chaleco.)

Tu naturaleza vicias,  
y estoy fuera de mi norte.

El bullicio de la córte  
constituye mis delicias.

Pero Elisa está obcecada,  
y por no darla un disgusto.

¿No es verdad que es por tu gusto,  
que yo no te obligo á nada?

(Repite el mismo juego.)

ELISA. Si, Madrid es un eden  
aunque exento de reposo;

pero el campo es tan hermoso,

¡se respira aquí tan bien!

Prefiero á esa galanura,

aunque su opinion desvie,

ver la aurora que sonríe

y la fuente que murmura.

Soñando dicha y amores

penetrar en la maleza,

ó reclinár mi cabeza

sobre una almohada de flores.

Y ver cuando asoma el día

al ruiseñor que le llama

volando de rama en rama

al compás de su armonía.

ARTURO. Pero el que á la córte vá  
el campo al momento olvida.

Allí hay movimiento, hay vida.

ELISA. ¿Si? pues vámonos allá. (Despechada.)

ARTURO. (Cometí una indiscrecion.)

Violentarte de esa suerte.

(Estirándose el chaleco.)

ELISA. No, con tal de complacerte.

- (Sufre tú tambien, bribon.)
- GASPAR. Tenga término esta vida;  
todos á Madrid.
- ARTURO. (Bergante;  
si pudiera en este instante  
le daba la indefinida.)
- JULIA. ¿Vino ya mi primo Arturo? (Dentro.)
- GASPAR. ¡Esa voz! no puede ser...
- ELISA. (Julia.)
- ARTURO. (Bendita mujer,  
que me sacas de este apuro.)

### ESCENA XI.

Los MISMOS y JULIA.

- JULIA. ¡Arturo!... ¿Acaso te pesa  
(Á él, que se ha dirigido al foro.)  
el que á verte haya venido?
- GASPAR. ¡Pero Julia!...
- JULIA. ¡Mi marido!... (Le abraza.)
- ARTURO. (Respiremos.)
- ELISA. ¡Qué sorpresa!  
(Se sientan todos de modo que Julia y su marido  
queden separados.)
- JULIA. Pues yo no esperaba verte  
tan pronto, y me regocija.  
¿Por qué no has escrito?
- GASPAR. Hija,  
he querido sorprenderte.
- JULIA. Yo confiada en tu ausencia  
ayer aqui me he venido.
- GASPAR. Has hecho bien.
- ARTURO. (¡Qué marido!)
- ELISA. (¡Dios mio, qué indiferencia!)
- JULIA. ¿Tú no has conocido á Elisa?
- GASPAR. No.
- JULIA. La de nuestra tertulia.
- GASPAR. ¿Acaso es tu prima Julia?  
Pasa el tiempo tan aprisa  
y está tan desarrollada,  
que no pude imaginar...



ELISA. En efecto.

JULIA. Pues, Gaspar,  
ya es una mujer casada.  
Te presento á su marido.  
Son felices en su estado.  
Hace un mes que se han casado.

GASPAR. (Tan jóvenes; se han perdido.)

ELISA. Julia, por Dios.

JULIA. Hija mia,  
no temas. Son un portento:  
no estan solos un momento,  
todo es amor, poesia.

ARTURO. Tú exageras.

JULIA. No por Dios;  
pero si eso es natural.

GASPAR. Pues señor, hacen muy mal,  
y perdónenme los dos.  
Al cabo, como mas viejo  
del matrimonio en la ciencia,  
me ha enseñado la experiencia  
y á darles voy un consejo.  
Son casados hace un mes:  
de separarlos no hay modo.  
Si ahora lo malgastan todo,  
¿qué dejan para despues?  
En alas de su esperanza  
juzgan amor, poesia,  
lo que es solo fiscalia,  
si señor, desconfianza.  
Libertad. Nada de sotos  
ni de clausuras ni quejas.  
¿Si votos, para qué rejas?  
¿si rejas, para qué votos?  
El matrimonio es un lazo,  
mas no un nudo, no; aislamiento.  
Que ambicionen el momento  
de poder darse un abrazo.  
Así es hermosa la vida,  
y no causa, no marea.  
Se ama lo que se desea:  
lo que se tiene se olvida.  
JULIA. En decidirse está el quid.

- GASPAR. Mas lo que he dicho es exacto.  
Nada, cumplamos el pacto.  
Marchémonos á Madrid.  
Esa vida independiente...
- JULIA. ¿Vendrás, Elisa?
- ELISA. (¡Ay! ¡qué apuro!)  
Por mí lo que diga Arturo.
- ARTURO. Yo no tengo inconveniente.  
(Estirándose el chaleco.)
- GASPAR. Ya estan decididos, Julia.
- JULIA. Pero entre tanto supongo  
no vivirás como un hongo.  
Te vendrás á mi tertulia.  
Como Arturo no se oponga  
y te cause algun disgusto.
- GASPAR. Hombre, denos usted gusto.
- ARTURO. Por mí lo que ella disponga. (Repite el juego.)
- JULIA. Vamos, no te hagas el sueco.  
Responde.
- ARTURO. Bueno.
- JULIA. Por fin...
- GASPAR. ¡Pero Jesus, qué tragin!  
vá usted á romperse el chaleco.
- JULIA. ¿Vendré por tí?
- ARTURO. (¡Qué franqueza!)  
(Estirándose el chaleco.)
- ELISA. Vá á llover...
- JULIA. Pues vendré en coche.  
(Arturo sigue el juego.)
- ELISA. No, no; ademas esta noche  
me dolerá la cabeza.
- JULIA. El oírte me dá risa.  
Eso bailando se pasa.  
Gaspar, ¿tú vienes á casa?
- GASPAR. Está claro.
- JULIA. Adios, Elisa.
- ARTURO. (Vaya una luna de miel.)
- JULIA. Hasta luego. (Á Arturo.)
- ELISA. (Estoy inquieta.)
- GASPAR. ¡Rodríguez! (Sale Rodríguez.)  
Con la maleta  
vete al instante al cuartel.

- ARTURO. (¿Pero, señor, tanto peco,  
que así lo haya de purgar?)
- GASPAR. Adios... (Á Elisa.)
- JULIA. El brazo, Gaspar.
- GASPAR. Cuide usted de su chaleco. (Vánse.)
- ARTURO. Ya se marcharon por fin.  
Me basta con esta vez.  
Hoy salimos de Aranjuez  
sin parar hasta Pekin.  
Que una centella me parta  
si no me voy á un desierto.
- ELISA. Pero yo contigo...
- ARTURO. Cierto.  
Vamos á acabar la carta.  
(Dirigiéndose los dos al cuarto.)  
Sí, ya vereis, ya vereis  
como del amor en brazos  
jamás romperé estos lazos.  
(La besa la mano, y Rodriguez aparece en este mo-  
mento en la puerta izquierda, con la maleta, y segui-  
do de Manuela. Váse Arturo, puerta derecha, y Elisa  
se sienta en una butaca al lado del balcon.)

## ESCENA XII.

RODRIGUEZ y MANUELA.

- ROD. ¡Compadre! pues ya son seis.  
Siempre juntitos los dos.  
El verlos me desconsuela.  
¿Cómo te llamas?
- MAN. Manuela.
- ROD. Asi se llamaba Dios.  
¡No llevan poco trajin!
- MAN. Se quieren tanto...
- ROD. Ya veo;  
pero á qué tanto jaleo,  
si se han de cansar al fin?  
El bocaio mas esquisito  
se ha de presentar variado;  
ya en salsa, ya en estofado,  
ya en escabeche ó ya frito.

Mas siempre el mismo manjar  
le pone al hombre en un potro.  
Perdices un día y otro  
tambien llegan á cansar.  
¡Casarse! ¡Jesus qué horror!  
de vosotras, no te asombres,  
para nosotros los hombres  
doña otra es la mejor.

MAN.

Yo creí...

ROD.

¿Qué me dirás?

MAN.

Que era el matrimonio, amigo,  
así como el pan de trigo,  
que no nos cansa jamás.

ROD.

Es como el pan, te lo juro,  
aunque no soy testimonio;  
pero el pan del matrimonio  
llega á ponerse tan duro!...  
En fin, muchacha, yo soy  
su enemigo á sangre y fuego..  
Conque ya es tarde, hasta luego.  
Un abrazo, que me voy. (La abraza.)  
No creas que son amaños.  
Casi me gustas, mujer.

(Arturo se dirige al balcón y se sienta al lado de  
Elisa.)

Vamos; yo te vendré á ver...  
dentro de cinco ó seis años.

MAN.

Quite usted. (Se vá, ¡Dios mio!)

ROD.

Cómo la mima el camueso.

MAN.

¿No le conmueve á usted eso?

ROD.

¿Sí, no ves como me rio?

Tengo el corazón de escarcha.

(Arturo le besa la mano á Elisa.)

¿Mas qué es eso? ¿otro cohete?

Vaya; con este son siete:  
armas al hombro y en marcha.

(Tercia el arma y desaparece por la puerta del foro,  
siempre seguido de Manuela.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

## ACTO SEGUNDO.

---

Sala elegantemente amueblada con puertas en el foro y á los lados. En el segundo término de la derecha otra de escape, y en el primero de la izquierda una mesa con recado de escribir.

### ESCENA PRIMERA.

ELISA y MANUELA.

- ELISA. Manuela.  
MAN. ¿Qué manda usted?  
ELISA. ¿Vino Arturo?  
MAN. No señora.  
ELISA. ¡Vamos, esto es por demas!  
Yo voy á volverme loca.  
Todas las noches lo mismo;  
paso en vela hora tras hora  
esperando su venida,  
pero el cruel me abandona.  
MAN. Es que como ser pretende  
ministro ó no sé qué cosa,  
y tendrá mucho que hacer,  
tal vez por eso trasnocha.  
ELISA. No, Manuela, su desden  
bien claramente se nota,  
y hasta creo que le cansa  
el cariño de su esposa.

Sus ambiciones políticas  
le fascinan, le trastornan,  
y el mundo con sus placeres  
su pecho han vuelto de roca.

MAN. Vamos, no diga usted eso.

Exagera usted las cosas.

ELISA. ¡Pobre Manuela! la causa  
de mi sufrimiento ignoras,  
y quieres prestarme alivio  
contra el dolor que me agobia.

MAN. ¿Usted sufre? pues entonces  
ya no voy á la parroquia.

Si casarse es un martirio  
mejor se encuentra una sola  
zurciendo los calcetines  
y repasando la ropa.

ELISA. No me dejes de avisar  
apenas sus pasos oigás,  
que voy á ver á mi hija.

MARIA. Mamá, no encuentre la toca. (Dentro.)

ELISA. Está vistiendo muñecas.

Allá vá mamá, pichona.

No me dejes de avisar. (Váse.)

MAN. Bien, descuide usted, señora.

## ESCENA II.

MANUELA y RODRIGUEZ.

MAN. ¡Pero tú no ves, Antonio!

ROD. Son diez años de mujer,  
y el pobre ya ni roer  
puede el pan del matrimonio.  
No está de rosas y nardos  
siempre nuestra vida llena.

Ella se muere de pena,  
y él se marcha á picos pardos.

¿Te acuerdas del día aquel  
en que yo los conocí?

Madre mia, ¡aquello si  
que era una luna de miel!...

MAN. ¡Qué variacion han sufrido

- las cosas desde aquel día!
- ROD. Eso es decir, hija mía,  
que un novio no es un marido.  
Desde que cumplí el servicio  
al mismo tiempo que el amo,  
ya ves, acudí al reclamo  
y me sacaste de quicio.  
El tiempo corre que vuela.  
Tanto pude imaginarme  
que llegara á enamorarme,  
¿y de quién? de tí, Manuela,  
como Espartero, que ansioso  
fué la facción á batir,  
que había de recibir  
un abrazo de un faccioso.
- MAN. Á la pobre señorita  
la vá á matar su marido.  
Pero él, que nunca ha querido  
recibir una visita,  
no solo viene á parar  
en admitirlas sin tasa,  
sino que en la misma casa  
habita con don Gaspar.  
Á mí nadie me lo quita  
del entrecejo, Manuela.  
Soy un chico de la escuela  
ó él quiere á mi señorita.
- MAN. Cállate, no seas niño.  
Ella tan honrada y tan...
- ROD. Si, pero dice el refran  
que el trato engendra cariño.  
Será un borron, una mancha,  
mas, chica, el tiempo no miente:  
las arrugas de la frente  
no se quitan con la plancha.  
Juventud, fuerza y vigor  
busca el hombre en su camino,  
y quédese el pergamino,  
para parches de tambor.
- MAN. Ya toco los desengaños.  
¿Conque eso es decir, amigo,  
que si te casas conmigo

ROD. me odiarás á los diez años?  
Te quiere mi corazon  
cómo á las flores la abeja;  
pero asi que seas vieja  
tendrás tu jubilacion.  
Á hablarte asi me precisa  
la experiencia: en fin, ¿qué quieres?  
las viejas no son mujeres.  
Aqui viene doña Elisa.

### ESCENA III.

DICHOS, ELISA.

ELISA. ¿Ha venido?  
MAN. No, señora.  
ELISA. Avisame.  
MAN. Por supuesto.  
GASPAR. (Dentro.)  
Juan, ten el coche dispuesto  
para dentro de una hora.  
ROD. Aqui viene don Gaspar.  
ELISA. Dejadme.  
MAN. (El verla me hiela.)  
ROD. (Bajo.)  
No nos casemos, Manuela,  
que nos tiene que pesar. (Vánse.)

### ESCENA IV.

ELISA, JULIAN y D. GASPAR. Este sale haciendo pajaritas de papel.

JULIA. Muy buenos dias, Elisa.  
ELISA. Adios, Julia. (Se sientan.)  
GASPAR. (Á Elisa.) ¿Por supuesto  
no querrás venir á dar  
un paseo á Recoletos?  
ELISA. Gracias, Gaspar; no estoy bien.  
JULIA. Elisa, ¿no es un pretexto?  
ELISA. No: he pasado mala noche  
y está rindiéndome el sueño.



GASPAR. ¿Ha hecho alguna de las tuyas  
tu marido? Ya comprendo.  
Vaya, mujer, no te apures,  
pues si no sería el cuento  
de nunca acabar, si fueses  
á disgustarte por eso.

JULIA. Elisa, no seas tonta;  
ya sabrá curarle el tiempo.

GASPAR. Además, Arturo es joven,  
y con ímpetu violento  
se lanza al mundo: despues  
buscará paz y sosiego.  
Yo tambien he sido todo  
un calaveron deshecho;  
mas cuando tomé el retiro,  
de mi familia en el seno  
busqué la dicha y ventura  
que no hallé en el regimiento.  
Y por dar gusto á mi hijo,  
y no dirán que chocheo,  
juego al chito, al toro, al marro,  
á la comba, y me embeleso  
en hacerle pájaritas  
de papel, como estás viendo.  
Las suponemos soldados,  
y formamos un ejército  
de artilleria rodada,  
infanteria, lanceros,  
y enfrente estan los facciosos,  
que siempre son los mas feos.  
Le cargo los cañoncitos,  
le doy el grito de «¡á ellos!»  
el chico aplica la mecha,  
dá principio el tiroteo,  
y en un instante se queda  
sembrado el campo de muertos:  
mas si alguno queda en pié  
le cogemos prisionero,  
y sin consejo de guerra  
ni á blandarnos por sus ruegos,  
le pegamos cuatro tiros,  
y muertos ya todos e.los,

con dos cuartos de papel  
hacemos facciosos nuevos.  
Así vivo muy feliz.  
La tierra es para mí un cielo,  
y lo mismo hará tu esposo  
así que sea mas viejo.  
Como se casó tan niño  
no hizo lo que hacer debemos  
todos los hombres; correr,  
de cierto modo, con freno.  
Qué cuando nuestra cabeza  
siembra de nieve el invierno,  
como el diablo no nos quiere  
al Señor nos acogemos.

ELISA. Si, Gaspar, tienes razon;  
pero lo que yo lamento  
son causas algo mas graves  
que trastornan mi cerebro.

JULIA. (Si habrá llegado á saber...)

GASPAR. Dílas, pues, y las sabremos.

ELISA. En primer lugar, Arturo  
por la política es ciego.

GASPAR. Eso no es ningun borron,  
y muy natural lo encuentro.  
Cuando vá á ser diputado  
¿quieres que no piense en ello?

ELISA. Si; pero tampoco ignoras  
su abandono, su aislamiento.  
Que olvidando sus deberes  
y mi afan desatendiendo,  
ni el recuerdo de su hija  
ni del amor los preceptos  
bastan para desviarle  
de ese tortuoso sendero.

GASPAR. Para tí no hay mas que abismos;  
sueñas con despeñaderos.

ELISA. ¿Y sus continuas vigalias,  
su desvio, su desprecio?  
¿el desden con que me trata?  
Ponte la mano en el pecho  
y dime si no hay razon  
para este llanto que vierto.

- JULIA. Elisa, este es un tributo  
que todas pagar debemos.  
Tú pasas el purgatorio,  
otras pasan el infierno.
- GASPAR. ¿Y cómo ha de ser? paciencia.  
El único mal que veo  
es que tú quieres tenerle  
como á un perrito faldero.
- ELISA. Con tu calma me exasperas,  
y contenerme no puedo.  
Toma esta carta y verás  
si con razon no me quejo.  
(Le dá una carta, que lee D. Gaspar.)
- GASPAR. ¡Eh! ¿qué miro? Una mujer  
que le pide un aderezo.
- ELISA. Sí, Gaspar, una querida.
- JULIA. Entonces el caso es serio.
- ELISA. La he sorprendido en su estuche,  
que se dejó ayer abierto.
- JULIA. ¡Qué iniquidad! mi marido  
jugaba á la brisca al menos;  
pero el tuyo...
- GASPAR. También juega...  
á las damas segun veo.  
Nada, nada; aqui es preciso  
que pongamos un remedio.
- ARTURO. ¡Victoria! (Dentro.)
- ELISA. Ya viene Arturo.
- JULIA. Pues yo me voy allá dentro  
con tu hija, que me disgustan  
estos lances en extremo.
- GASPAR. Dile al chico que se acuerde  
que nos faltan tres hacheros.  
(Váse Julia por la puerta de la derecha.)

## ESCENA V.

ELISA, D. GASPAR, ARTURO con una carta.

- ARTURO. Victoria, amigos, victoria.  
Ved la carta del ministro  
en que me dá el parabien

por el triunfo que consigo.  
Si ya empieza á prodigarme  
la fortuna beneficios,  
De mi gloria en el pináculo,  
como hace tiempo os predigo,  
me habeis de ver, y hoy empiezo  
á escalar ese castillo.  
Soy diputado, Gaspar.  
GASPAR. Me lisonjea infinito.  
ELISA. Arturo, ven á mis brazos...  
ARTURO. Cuando conteste al ministro.  
(Pausa. Se sienta á la mesa á escribir.)  
ELISA. (Me asesina su desden.)  
GASPAR. Déjale á solas conmigo. (Ap. á Elisa.)  
Procura calmar tu pena  
y no llores.  
ELISA. En tí fio.  
GASPAR. Si, yo veré si á tus males  
les puedo encontrar alivio.  
(Acompaña á Elisa hasta la primera puerta derecha.)

### ESCENA VI

D. GASPAR y ARTURO

ARTURO. La política, eila sola  
es mi pasión dominante.  
Soy todo un representante  
de la nacion española.  
Por fin hoy tóco el registro  
que ya mi fortuna labra?  
Como tome la palabra,  
Gaspar, mé has de ver ministro.  
Y sucumbirá la crítica  
á la voz de mi elocuencia.  
GASPAR. ¿Conoces bien esa ciencia  
que el mundo llama política?  
ARTURO. La política, Gaspar,  
se explica de varios modos:  
pero la definen todos  
por arte de gobernar.  
Hacer de la discusion

en el terreno escabroso  
que consiga el mas celoso  
la dicha de su nacion.

Observar principios hijos,  
consultar lo que la cuadre,  
y mirarla como un padre  
debe mirar á sus hijos.

Y al que por lucro la elija,  
despreciarle por su inercia,  
como al padre que comercia  
con el honor de su hija.

GASPAR. Has hecho un retrato fiel  
del hombre parlamentario.  
parecido extraordinario!  
mas falta un detalle en él.

El hombre que gobernar  
una nacion se propone  
no sabe á lo que se expone  
si su puesto ha de llenar.

Si los límites traspasa  
no se imponga ese deber,  
pues antes debe aprender  
á gobernar bien su casa.

Si un padre, vamos á ver,  
á sus hijos abandona,  
¿qué desdicha no eslabona  
con su infame proceder?

Tú lo has dicho, aunque no cuadre  
tu máxima con tu juicio.

¿Cómo has de ser buen patricio  
si empiezas siendo mal padre?

ARTURO. ¿Qué quieres decir, Gaspar,  
con esa peroracion?

GASPAR. Arturo, que la nacion  
no debes tú gobernar.  
Ademas me desconsuela  
verte la vida cruzando.

ARTURO. Es que me estás regañando  
como á un chico de la escuela?

GASPAR. Es que miro la inquietud  
en que tu mujer sumida  
pasa su angustiosa vida

matando su juventud.

ARTURO. Pues ¿y aquella libertad  
que tanto me predicaste?  
¿es que ya la has dado traste  
con esa moralidad,  
ó vienes á pretender  
deprimir mi independencia,  
y que pase mi existencia  
esclavo de mi mujer?

GASPAR. Hombre, no aumentes mi encono  
ni destruyas mi esperanza:  
te induje á la confianza,  
pero nunca al abandono.  
Tambien antes de ser padre  
anduve yo extraviado;  
pero mi hijo me ha enseñado  
á respetar á su madre.

ARTURO. ¡Por vida de Belcebú!  
Vamos, comprendo tu idea.  
¿Quieres hacer que yo sea  
un padrazo como tú?  
Que ríe, que se alborota,  
que vá la comba á saltar,  
y que se pone á jugar  
con su chico á la pelota.  
Si tú de esa falta pecas,  
mi hija no hará ese convenio,  
pues sabe que no es mi genio  
para vestirla muñecas.

GASPAR. Ahí verás lo que es el mundo.  
Lo que á tí te apesta tanto  
son mis sueños, son mi encanto;  
me dá un placer sin segundo.  
Constituye mi ventura  
el colmarle de caricias,  
y son todas mis delicias  
verle hacer una diablura.  
Dice que soy su vasallo  
y él el rey; ¿es un demonio!  
y le obliga al pobre Antonio  
á servirle de caballo.  
Con sus cañones de boj

disparó la artillería,  
y me rompió el otro día  
la campana del reloj.  
Julia se ríe, preciso,  
todo el mundo se alborota,  
la dicha por do quier brota,  
y es mi casa un paraíso.  
En fin, es un deber tierno  
que con mi afán se concilia.  
Los lazos de la familia  
son la lumbre en el invierno.

**ARTURO.** Pues yo ambiciono, Gaspar,  
mirar del mundo las galas,  
y en él extender mis alas  
y su ambiente respirar.  
Poder decir á la historia  
cuando evoque mi recuerdo:  
«Toma, pues la vida pierdo,  
esas páginas de gloria.»  
Porque falta á su deber  
si al ir á la tumba el hombre  
sepulta consigo el nombre  
que el mundo le dió al nacer.  
El mundo encierra en su seno  
mil y mil contradicciones,  
pues ya no existen nociones  
de lo malo ni lo bueno.  
Cuando á mí me inspira enojo,  
tú en él tranquilo reposas.  
Cada cual mira las cosas  
por el prisma de su antojo.

**GASPAR.** Detente ya, que me espanta.

## ESCENA VII.

**DICHOS, MANUELA** por la puerta derecha, **RODRIGUEZ** por el foro.

**MAN.** Don Gaspar, la señorita.

**ROD.** (Dando una tarjeta á Arturo.)  
Señorito, esta visita.

**ARTURO.** El vizconde de Fonsanta.

Cuando nos ven encumbrados  
nos vienen á visitar.

Adios. (Se vá por el foro.)

GASPAR. Yo voy á jugar  
con mi chico á los soldados.  
Rodriguez, haznos lanceros;  
tráele dulces á mi esposa,  
y papel color de rosa  
para hacer unos hacheros. (Váse.)

### ESCENA VIII.

MANUELA y RODRIGUEZ.

ROD. ¡Mal podenco que le ladre!  
Vá buscando papelitos  
para hacerle soldaditos  
ese pedazo de... padre.  
El ejército que hay hoy  
lo forman dos mil hermanos.

MAN. ¿Cómo?

ROD. Todos son paisanos  
de las fábricas de Alcoy.  
Pues señor, veo que escampa.  
Vá oscureciendo de modo  
que me parece que todo  
se lo vá á llevar la trampa.  
Manuela, mira que hay algo,  
pues lo tengo bien olido,  
y soy hombre tan corrido  
que á mí no me alcanza un galgo.  
Tengo la nariz tan fina  
que pronto el bulto olfateo,  
y cuanto más lo meneo  
más me huele á chamusquina.

MAN. No entiendo.

ROD. ¿Qué has de entender  
por más que los ojos abras,  
si un libro son mis palabras  
y tú no sabes leer?  
Te lo diré en otro tono.  
Que soplan muy malos vientos.



- ¿Sabes tú los mandamientos?  
pues se trata aquí del nono.
- MAN. ¡Qué nono ni qué camuesa!  
Lo que llevo á comprender  
es que evitas mi querer,  
porque sin duda te pesa.
- ROD. ¡Pesarme? ¡Jesus, qué horror!  
Eso es una tontería.  
Te quiero mucho, alma mia;  
pero soltera, mejor.  
El casarse, serafin,  
no creas que es por un rato.  
Si echa el cura el garabato  
es por sécula sin fin.  
Sin duda el diablo inventó  
la palabra matrimonio,  
y en asuntos del demonio  
no quiero meterme yo.

### ESCENA IX.

DICHOS y ARTURO.

- ARTURO. (Tomando de la mesa la carta que escribió.)  
Toma esta carta, y Roger  
que la lleve á su destino.
- MAN. (Ap. á Rodriguez.)  
¿Y en qué quedamos, indino?
- ROD. Allá veremos, mujer.  
(Ap. á Manuela. Vánse por el fondo.)

### ESCENA X.

ARTURO y ELISA.

- ARTURO. Ya por fin de aquellas nieblas  
rasgué el lóbrego capuz.  
Quieres robarme la luz  
y sumirme en las tinieblas.  
La política es mi báculo,  
y aunque se oponga Gaspar  
he de verme á su pesar

- de mi gloria en el pináculo.
- ELISA. ¿Tan solo aquí?
- ARTURO. Adios, Elisa.
- ELISA. ¿Te encuentras mal?
- ARTURO. No, mujer.  
Es porque tengo que hacer  
y á quedarme me precisa.  
No me arguyas, pues me duermo  
con tus sermones sin tasa.  
¿Conque si vengo á mi casa,  
por fuerza he de estar enfermo?
- ELISA. No; si mi mayor placer  
seria verte á mi lado  
continuamente halagado  
del amor de tu mujer.  
Pero comprendo en verdad,  
sin que por ello me asombre,  
que á mas de esposo eres hombre  
y vives en sociedad.
- ARTURO. En efecto, ya lo ves.  
Aunque vivo independiente  
preocupan en mi mente  
mil asuntos de interés.
- ELISA. Te acuerdas, seré concisa,  
cuando en Aranjuez estabas,  
que todo lo abandonabas  
por el amor de tu Elisa?  
Nuestra vida con las flores  
soñamos ver enlazarse  
y tranquila deslizarse  
entre placeres y amores.  
Todo era allí poesia .  
sin penas ni desengaños.
- ARTURO. Pues mira, ya hace diez años  
y parece el otro dia.
- ELISA. ¡Qué momentos de ilusion!
- ARTURO. Mujer, no digas tal cosa.  
Si era una vida tan sosa,  
hecho en el campo un huron.
- ELISA. Dulces horas de bonanza  
que como un sueño volaron  
y consigo se llevaron

mi mas risueña esperanza.

**ARTURO.** Quien te escuche vá á creer  
que de tal modo ha variado  
tu vida, que estás al lado  
de un precipicio, mujer.

**ELISA.** Ven, Arturo, á la razon  
y responda tu conciencia.  
¿No encuentras gran diferencia?  
¿Existe aquella pasion?  
Es este acaso el acento  
de tus frases de ternura,  
que me brindaban ventura  
con su purísimo aliento?  
Tu abandono, tu vigilia  
acibaran mas mis penas.  
¿Si son para tí cadenas  
los lazos de la familia!

**ARTURO.** ¡Vamos, parece que todo  
contra mí se ha conjurado!  
¿Quién derecho les ha dado  
para hablarme de ese modo?  
Harto estoy de sinsabores.  
Tanto á tí como á Gaspar  
debo haceros observar  
que solté los andadores.  
Ya con tiempo os lo advertí,  
no me gusta el sermoneo,  
y sobre todo, que creo  
que ninguno manda en mí.  
¿Quereis sacarme de quicio  
con tan sutiles amaños,  
y que despues de diez años  
haga el papel de novicio?  
¿Que en el campo me sepulte  
con el amor de mi Elisa,  
y que luego con su risa  
el mundo entero me insulte?  
No, jamás; antes prefiero...  
Y no mas explicaciones:  
soy dueño de mis acciones,  
y lo hago así porque quiero.

**ELISA.** Arturo, aumentas mi encono.

¿Y quieres que no me aflija  
cuando has sumido á tu hija  
en tan terrible abandono?  
¿Si rotos de amor los lazos  
no puedo calmar mi hastio.  
ni enjugar el llanto mio  
con el calor de tus brazos?  
¿Si me veo abandonada  
y miro con desconsuelo  
que me remontaste al cielo  
para arrojarme en la nada?

ARTURO. Elisa, oyéndote estoy,  
y aunque me hago gran violencia,  
si abusas de mi paciencia  
tomo el sombrero y me voy.

ELISA. En uso de su derecho  
vá tu esposa á interrogarte.  
(El corazon se me parte.)  
Soy madre. Mira... (Le enseña la carta.)

ARTURO. ¿Qué has hecho?  
¡Desventurada!

ELISA. Tu estrella  
se vá tambien eclipsando.

## ESCENA XI.

DICHOS y JULIA.

JULIA. Tu Maria está llorando:  
quiere que te estés con ella.

ELISA. ¡Hija mia! voy allá. (Conteniendo su emocion.)

JULIA. ¡Tú has llorado, no es quimera!  
(Acompañándola hasta la puerta de la derecha.)

ARTURO. ¡Una nube pasajera!  
el viento la deshará.)

## ESCENA XII.

JULIA y ARTURO.

JULIA. Arturo, ¿qué pasa aqui?

ARTURO. Me lo preguntás de un modo...

¿Acaso ignoras que todo  
se ha ensañado contra mí?  
¿No ves que mi vida ávanza?  
¿que mis ilusiones pierdo,  
¿que me asesina el recuerdo  
de un amor sin esperanza?

JULIA. Los ojos vuelve á tu Elisa:  
lucha con rudos agravios,  
y ya no tiñe sus labios  
con su plácida sonrisa.  
Del dolor la triste huella  
marcada lleva en su frente.  
Ayer nació refulgente  
y hoy se disipa su estrella.  
Tu olvido tal vez destruya  
la ventura que soñó.

ARTURO. ¿Qué no puedo olvidar yo  
por una mirada tuya?  
Si todo me causa enojos,  
si ese amor me martiriza  
y mi vida se desliza  
por una senda de abrojos.  
En vano intento en mi afán  
buscar la perdida calma,  
pues siento hervir en el alua  
todo el fuego de un volcan.  
Su lava sin compasion  
mi pecho deja desierto;  
mas queda el cráter abierto  
en medio del corazon.

JULIA. Acuérdate que eres padre.  
Hija fiel, esposa honrada,  
jamás faltaré por nada  
á mis deberes de madre.  
El crimen lleva consigo  
esa funesta pasion.  
¿Para herir su corazon  
tiendes tu mano al amigo?  
¿No te pueden contener  
ni el recuerdo de tu hija,  
ni que tu deber lo exija,  
ni el llanto de tu mujer,

y te lanzas en la orgía  
caminando á la deshonra?  
Aprende á lavar tu honra  
antes de manchar la mia.

ARTURO. Pues bien, Julia, una palabra,  
una frase de ternura  
que mitigue la amargura  
que este amor funesto labra.

(Elisa aparece en este momento en la puerta de la derecha, y vá bajando sin ser vista hasta colocarse entre los dos.)

Las cadenas que me oprimen  
puedo al instante romper,  
y dueño de tu querer...

JULIA. Te repito que es un crimen.

ARTURO. Mi espíritu...

JULIA. (¡Qué martirio!)

ARTURO. En pos del tuyo se lanza.  
¿Morirá sin esperanza  
quien te adora con delirio?

### ESCENA XIII.

DICHOS y ELISA.

JULIA. (¡Cielos! Elisa.)

ARTURO. ¿Qué veo?

ELISA. Prosigue, Arturo: pues rompes  
las cadenas que te oprimen,  
mi presencia no te importe.

ARTURO. Señora, ¿con qué derecho  
espia usted mis acciones?

ELISA. ¿Con qué derecho preguntas?  
tienes corazón de roble.

JULIANA. (¿Qué va á suceder aquí?)

ELISA. Retírate, Julia.

JULIA. (Pobre!) (Váse por el foro.)

ARTURO. Á todo estoy decidido.

ELISA. (Hé aquí lo que son los hombres!)

ESCENA XIV.

ARTURO y ELISA.

ELISA. Sumirme en fiero dolor  
no bastaba á tu delirio.  
Es mas sublime martirio  
hecer pedazos mi honor.  
¿Qué te importa que el quebranto  
haya ahogado mi alegría  
ni que abrase el alma mia  
con el fuego de mi llanto?  
Correr la vida serena  
ves en brazos del placer  
mientras tu pobre mujer  
está muriendo de pena.  
Y apurando gota á gota  
el cáliz de la amargura,  
no miras en tu locura  
que su existencia se agota.  
No pretendo que te aflija  
mi voz, ni tu alma taladre.  
No se pide amor al padre  
que así abandona su hija.

ARTURO. ¿Reconvenciones á mí?  
Es inútil que usted hable.  
Esto ya es inaguantable,  
no puedo vivir así.  
Yo tambien sufro mis penas,  
y aunque huelle mi deber  
estoy dispuesto á romper  
esas fatales cadenas.

ELISA. Arturo, por compasion,  
te lo suplico de linojos.  
Depon tus fieros enojos  
que matan mi corazon;  
deja esa senda escabrosa,  
pues tu razon enloquece,  
y toma el bien que te ofrece  
el cariño de tu esposa.  
Si tu olvido y tu vigilia

mataron nuestra ilusion,  
al fuego de tu pasion  
renacerá tu familia.

ARTURO. Tiempo es ya de que concluya  
esta terrible ansiedad.

Yo quiero mi libertad;  
puedes recobrar la tuya.

(En este momento aparecen D. Gaspar y Rodriguez  
en la puerta del foro y se detienen á escuchar.)

ELISA. ¡Tu libertad! ¿Qué profieres?  
¿No ves mi dolor profundo?  
¿Qué premio tiene en el mundo  
la virtud de las mujeres?  
Me lanzas á la deshonra,  
sin ver iluso en tu error  
que robándome mi honor  
eres ladron de tu honra.

ARTURO. No hay paciencia que esto aguante.

ELISA. Tu planta el abismo pisa.  
Tu libertad...

ARTURO. Basta, Elisa.

La recobro en este instante,  
nada existe entre los dos.

ELISA. El lazo que nos ha unido  
en el altar bendecido,  
tiene su origen en Dios.  
Y prestado el juramento,  
si no faltó á mi deber,  
jamás lo puedes romper.

ARTURO. ¿Cómo jamás? Al momento.  
Ya que al destino le plugo  
jugar conmigo inclemente,  
hoy me lanzo á su corriente;  
quiero sacudir el yugo.  
Mi triste suerte maldigo.

ELISA. Y así acibaras la mía.  
¿Y nuestra pobre Maria?

ARTURO. Maria vendrá conmigo.

ELISA. ¿Robármela? Nunca, no.

ARTURO. Basta, lo exige su padre.

(Aturo se dirige á la primera puerta de la derecha y  
Elisa se interpone. D. Gaspar habla al oído á Rodri-



guez, y este desaparece por la puerta de escape.)

ELISA. Arturo, yo soy su madre,  
y te la disputo yo.

ARTURO. En vano intentas hacer (Luchando con Elisa.)  
á mis pasos resistencia.

ELISA. ¡Dios mio! tened clemencia.  
Soy una débil mujer.

ARTURO. Es mia; la quiero yo.

(Consigue rechazar á Elisa y penetra en el cuarto de la derecha; al mismo tiempo sale Rodriguez por la puerta de escape con una niña de unos seis años en brazos, y desaparece por el foro.)

## ESCENA XV.

ELISA, D. GASPAR y RODRIGUEZ.

ELISA. ¿Y no le ablanda mi pena?

ROD. Pues por el pronto la nena  
será de quien la parió.

ELISA. ¡Maria! (Viéndola.)

ROD. Cállese usted.

ELISA. Detente por Dios, Gaspar,  
que me la quieren robar.

GASPAR. Yo, Elisa, la salvaré.  
Julia en el coche la aguarda  
y con ella partirá.

ARTURO. ¿Mi Maria dónde está?

ELISA. Sé tú el ángel de su guarda.

(Váse D. Gaspar precipitadamente por el foro.)

## ESCENA XVI.

ARTURO y ELISA.

ARTURO. ¿Y mi hija?

ELISA. La tengo yo.

ARTURO. ¿Qué escucho? ¡otro nuevo ultraje!

(Se oye el ruido de un coche)

Ya comprendo; ese carruaje...

ELISA. ¡Ah! se salvó, se salvó.

ARTURO. ¡Tú me robas mi delicia

acrecentando mis males!  
Está bien; los tribunales  
sabrán hacerme justicia.

(La arroja sobre un sofá y váse por el foro.)

## ESCENA ÚLTIMA.

MANUELA, á poco RODRIGUEZ.

MAN. Y se la llevan. ¡Qué horror!  
(Saliendo precipitadamente por el foro.)  
Señorita, señorita.

Aquí está la pobrecita  
sumida en fiero dolor.

¿Lo que sucediendo está  
no es una infamia, un oprobio?

(Rodriguez sale por el foro limpiándose el sudor, sumamente agitado, y examina detenidamente á Manuela.)

ROD. Manuela, búscate novio,  
que yo no me caso ya.

(Desaparece por el mismo sitio, y Manuela le contempla absorta, hasta perderle de vista.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

## ACTO TERCERO.

---

Sala elegante con puertas al foro y laterales.

### ESCENA PRIMERA.

RODRIGUEZ y MANUELA.

MAN. Tal vez sienta aquel cariño...

ROD. No murmures mas, mujer,  
y márchate adentro á ver  
si quiere mamar el niño.

MAN. Pero, ¿no es verdad, Antonio,  
que su conducta es extraña?

ROD. No sé quién le trajo á España;  
pero á Madrid el demonio.  
¿Qué vendrá á hacer á esta tierra?

En diez años de vagancia,  
corriendo París, la Francia,  
London y la Inglaterra,  
tú misma eres testimonio  
de ésa vida sin zozobra.

Vamos, su venida es obra  
del mismísimo demonio.

Un mes hace que está aqui  
y todo anda ya revuelto.  
¡Jesus! si la lengua suelto  
yo no respondo de mí.

MAN. ¿No vendrá con la intencion  
de unirse con doña Elisa?

ROD. ¡Vaya, mujer! me das risa.  
Así tan sin ton ni son...

MAN. Como fué cosa arreglada  
entre los dos...

ROD. Por supuesto.

Aunque la justicia en esto  
no intervino para nada,  
hay muchos inconvenientes.

¿No ves que vé don Arturo  
que sobre estar el pan duro  
se le menean los dientes?

MAN. Ya has salido con tu pan,  
cuando sabes que no quiero...

ROD. Yo á los demas me refiero  
cuando aplico este refran.  
En toda tu lozania  
me parece que estás hoy,  
y yo mas amante estoy,  
Manuela, que el primer dia.

Tu juventud está en fuga;

pero no pierdo la calma,

porque un hijito del alma

me recuerda cada arruga.

Cuando yo cojo una silla

y veo á mis chiquitines

lo mismo que unos clarines

cantándome la cartilla,

y entre tus besos y abrazos

al otro hecho una teñaja,

jugando con la sonaja

y alargándome los brazos,

siento un placer verdadero;

no le encuentro duro, no,

que entonces ni envidia yo

al general Espartero.

Y te lo juro, mujer;

si Antonio á nacer volvía

se casaba el mismo dia;

no, al instante de nacer.

MAN. ¡Los hijos del corazon!

cómo es posible olvidarlos!

(Se oye tararear á Cárlos.)

ROD. El señorito don Cárlos.  
Cierra el pico y discrecion.

## ESCENA II.

DICHOS y CÁRLOS.

ROD. Continúan las vigiliás  
y usted don Cárlos no ceja.

CÁRLOS. Adios, vetusta pareja.  
No cejo, pater familias.  
Hoy tengo el humor muy negro.

ROD. ¿Pues quién se ha muerto, señor,  
que está de luto el humor?

CÁRLOS. Que come en casa mi suegro.

ROD. ¡No sea usted tan mordaz!...

CÁRLOS. ¿Ya empiezan las reprensiones?  
pues suprime los sermones.  
En marcha: dejadme en paz.  
¿Y mi madre? ¿no ha venido  
aun de Aranjuez?

ROD. No, señor.

CÁRLOS. Ya hay una menos, mejor.  
Vamos, ¡fuera!...

ROD. (¡Qué perdido!)  
(Váse con Manuela.)

## ESCENA III.

CÁRLOS, á poco MARÍA.

CÁRLOS. ¡Qué noche tan deliciosa!  
¡Qué algazara, qué bullicio!  
sale el corazon de quicio  
al contemplar tanta hermosa.  
En los brazos del placer  
la vida insensible pasa.  
Luego véngase usted á casa  
á engañar á su mujer.

MARÍA. ¡Adios, Cárlos! (Abrazándole.)

- CARLOS. ¡Vida mia!
- MARIA. ¿Y esta noche, qué te has hecho?
- CARLOS. La he pasado junto al lecho  
de un moribundo, Maria.
- MARIA. ¿Y el auxilio de tu ciencia  
ha conseguido aliviarle?
- CARLOS. (No sé qué hacer, si matarle,  
ó que siga en su dolencia.)  
No es favorable la crisis  
que esta mañana ha sufrido.  
¡Pobre! le encuentro perdido.
- MARIA. ¿Qué es lo que padece?
- CARLOS. Tisis.  
No hablemos de él, hija mia.  
¿Te encuentras bien?
- MARIA. Si.
- CARLOS. Me alegro.  
Y dime: ¿mi papá-suegro  
no ha venido todavía?
- MARIA. No, y lo extraño..
- CARLOS. ¿Tú te inquietas?...  
Vendrá á comer, ya verás...  
(Y luego sermón tendrás  
y vísperas y completas.)
- MARIA. Dí, pues lo sabéis vosotros:  
¿por qué en un mes que está ya  
en Madrid, vive papá  
separado de nosotros?
- CARLOS. Te tengo dicho, y me duermo  
con tanta repeticion,  
que desde luenga nacion  
viene cuidando á un enfermo.  
Cierto príncipe danés;  
y á su amistad consecuente,  
hasta que muera el paciente  
no pondrá en casa los pies.
- MARIA. Si el mal continúa asi  
nuestra familia nos merma:  
me voy á poner enferma  
para que cuiden de mí.
- CARLOS. Deja tu cantar eterno;  
aleja de tí ese afán

y pensemos en el plan  
que ha de regir este invierno.

El régimen general:  
comeremos á las cuatro;  
un paseo y al teatro.

MARIA. Pero á piso principal,  
veremos el Columella.

CARLOS. No, la ópera me disgusta,  
y á mi deseo se ajusta  
mucho mejor la zarzuela.

MARIA. ¡La zarzuela! por lo pronto  
son iguales casi todas.  
Pastores, soldados, bodas,  
y un tenor cómico tonto.  
Sale el novio recitando:  
«¿que si es mi pasión sincera?  
escucha.» Un compás de espera,  
y se lo cuenta cantando.

CARLOS. Pues las óperas, Maria...  
pues qué, ¿porque acabe en *ini*...

MARIA. Nada; es mejor que Rossini  
la española infantería.

CARLOS. Es ridículo, á pesar  
de lo que estás arguyendo.  
¿Cuando uno se está muriendo,  
tiene ganas de cantar?

MARIA. Fuerza es no tener oído...

CARLOS. Basta ya.

MARIA. ¡Cómo ha de ser!  
Siempre ha de ser la mujer  
víctima de su marido.  
Y la culpa de todo esto,  
quién la tiene sino tú?

CARLOS. Vamos, no me hagas el bú.

#### ESCENA IV.

DICHOS y RODRIGUEZ.

ROD. El almuerzo está dispuesto.

MARIA. Vamos á la mesa.

CARLOS. No:

- no siento gran apetito.  
ROD. Son las once, señorito.  
CARLOS. Maldito sea el reló.  
De todas las invenciones  
es sin duda la peor:  
se convierte en coactor  
de las humanas acciones.  
Á impulso de su saeta  
se despierta el apetito,  
y el hombre al reló maldito  
sus movimientos sujeta.  
Anda el reló y con él anda;  
se trueca en un ser inerte,  
pues come y pasea y duerme  
porque el reló se lo manda.  
ROD. ¿Pero almuerza usted, si ó no?  
CARLOS. Vamos.  
GASPAR. Que las once han dado. (Dentro.)  
CARLOS. ¿Ves? mi papá está montado  
sobre ruedas de reló.  
(Se van por la puerta izquierda.)

## ESCENA V.

RODRIGUEZ y ARTURO.

- ROD. Un sentido, ó dos, ó tres  
le faltan ya por lo poco:  
no hay otro loco mas loco  
que este loco en Leganés.  
ARTURO. ¡Hola, Rodriguez!  
ROD. Señor...  
¿Aviso? estan almorzando.  
ARTURO. No; me quedaré esperando.  
La antesala es de rigor.  
¿Qué dicen por esta tierra?  
¿hay novedades?  
ROD. No sé:  
mas que yo lo sabrá usted,  
que viene de Inglaterra.  
ARTURO. Te veo por fin casado  
y te doy el parabien.



¿Manuela se porta bien?  
¿eres feliz en tu estado?

ROD. Muy feliz á fé de Antonio,  
se lo puedo á usted jurar:  
no existe mejor manjar  
que un plato de matrimonio.

ARTURO. Es verdad, tienes razon;  
el matrimonio es sublime;  
es consuelo del que gime,  
es gérmen de la ilusion.  
Al dulce nombre de esposa  
brota insensible el placer.  
La poesia es la mujer;  
mas los hijos son la prosa.

ROD. Es verdad que cosa buena  
no han de hacer las criaturas;  
pero, señor, son diabluras  
que no merecen la pena;  
que se olvidan con el trato,  
y que al cabo son las menos,  
pues siempre hay mil ratos buenos,  
señor, por cada mal rato.  
Un padre es un buen amigo.  
Mis hijitos son mi encanto:  
vamos, yo los quiero tanto  
que hasta se acuestan conmigo.  
Las chicos se alegran mas...  
pero yo pago la fiesta,  
que el que con chicos se acuesta...  
ya sabe usted lo demas.

ARTURO. Siendo la mujer honrada  
siempre ofusca alguna idea.

ROD. Á un marido le marea  
tener que pensar en nada.  
Hablaré con ligereza,  
pero aunque el diablo se oponga,  
no es bueno que se le ponga  
una cosa en la cabeza.  
Es preciso dominarse,  
que es muy malo á mi entender  
el que tenga la mujer  
un motivo á que agarrarse.

ARTURO. Rodriguez, eres atroz.

ROD. Yo no dejo mi mania.

## ESCENA VI.

DICHOS, y D. GASPAR.

GASPAR. Vamos, cuando yo decia  
que estaba oyendo su voz...

ARTURO. Adios, Gaspar.

(D. Gaspar indica á Rodriguez que se marche.)

ROD. (Á mi oficio.

Las golas y los criados

nunca hemos sido buscados

mas que en actos de servicio. (Váse por el foro.)

## ESCENA VII.

ARTURO y D. GASPAR.

GASPAR. ¿Por qué no has venido allá?

ARTURO. Me he quedado con Antonio  
hablando del matrimonio.

GASPAR. ¿Cuestion muy añeja es ya.  
Vastísimo campo ofrece  
para cualquier discusion.

ARTURO. Si, pero mi corazon  
por momentos envejece.

GASPAR. Anda allá, mala cabeza.  
¡Pudiendo ser tan dichoso!...

ARTURO. ¿Qué quieres? fuí mal esposo.  
Ya confieso mi flaqueza.

GASPAR. Siendo tan grato vivir  
de la familia en los brazos,  
y unidos en dulces lazos  
sus caricias recibir!  
¡Elisa! su padecer  
lleva en el rostro marcado.  
Tú apuesto á que no has pensado  
ni una vez en tu mujer.

ARTURO. Si, Gaspar, desde aquel dia  
tan fatal para nosotros.

en que huyendo de vosotros  
maté la esperanza mia;  
que en alas de los placeres  
llegó á olvidar este padre  
á Maria y á su madre,  
y holló todos sus deberes,  
surcaron mi faz los años  
sin devolverme la calma,  
envejeciéndome el alma  
el tiempo y los desengaños.  
Libre ya de mis cadenas  
en extranjeras naciones,  
en busca fuí de ilusiones  
que mitigasen mis penas.  
Pero hallé siempre un vacío  
imposible de llenar:  
era mi pecho, Gaspar,  
un trozo de mármol frío.  
Sin ventura y sin consuelo,  
vagando por tierra extraña,  
eché de menos mi España  
con su purísimo cielo.  
Sentí germinar aquí  
un fuego voraz, oculto,  
y llorando rendí culto  
á la mujer que perdí.  
Contuve en vano mi pena.  
Quise mi patria pisar,  
y hoy consigo respirar  
esta brisa que enajena.

GASPAR. No sé qué noto en tu acento;  
pero revela á mi ver  
que el recuerdo del ayer  
borra tu arrepentimiento.  
Sé franco una vez conmigo.  
La causa de tu venida  
es para curar tu herida?  
habla: ¿ya no soy tu amigo?

ARTURO. Gaspar, no me eches en cara...  
Mas no sé cómo decir...  
Vamos, te vas á reir;  
es una cosa tan rara!...

- GASPAR. Acaba por vida mia:  
sepamos qué puede ser.
- ARTURO. Hombre, que amo á mi mujer, (Perplejo.)  
lo mismo que el primer dia.
- GASPAR. Magnífica conclusion; (Riendo.)  
pues entonces esto es hecho
- ARTURO. Si, siento arder en el pecho  
el fuego de la pasion.  
Me tiene puesto en un brete,  
y esta idea me atormenta.  
¡Figúrate, á los cuarenta  
convertido en un cadete!
- GASPAR. Pues ya que el amor te auxilia,  
¿por qué todo no lo dices,  
y volveis á ser felices  
formando nueva familia?  
Casi es un deber sagrado.
- ARTURO. Imposible, no te asombre.  
¿Y la dignidad del hombre  
despues de lo que ha mediado?
- GASPAR. Eso es una niñeria.
- ARTURO. Pero alguien se acerca.
- GASPAR. ¿Á ver?  
Si, tu hija y tu mujer.
- ARTURO. ¡Qué inocente es mi Maria!
- GASPAR. Opino que es preferible  
que bajemos al jardin,  
y hagamos por darle fin  
á una historia tan terrible.  
(Vánse por el foro.)

## ESCENA VIII.

ELISA y MARIA.

- MARIA. Aqui estarán. Se han marchado.  
Mamá; si no hay nadie, mira.
- ELISA. Habrán bajado al jardin.
- MARIA. Sin darnos los buenos dias.  
Estoy viendo que esa falta  
es herencia de familia.  
Mira Cárlos qué desvio...

- ELISA. Su padre tambien podia darle alguna reprension; mas Gaspar en vez de riñas le abandona á su albedrio; le consiente, le malcria.
- MARIA. Y qué geniazo, mamá. Si vieras... Ya no me mima, y en todo me contradice, hasta en las cosas mas mínimas. Hace un instante traté de averiguar qué podia ser causa de que papá no viviese aquí en familia, y me alzó de un modo el gallo... Me regaña, mamá mia, me manda como á un criado, y exige, ya no suplica. Mas tú serás mas amable y me dirás en seguida lo que hace tiempo me inquieta; vamos, complace á tu hija.
- ELISA. Hablemos de tí, en tu suerte vá interesada la mia.
- MARIA. ¿Por qué eludes la cuestion cada vez que se suscita?
- ELISA. Porque es inútil hablar...
- MARIA. No vengas con evasivas. Anda, mamá, te suplico que al instante me lo digas.
- ELISA. Pues vamos, vas á saberlo.
- MARIA. Gracias áDios. ¡Qué alegría!
- ELISA. Un enfermo á quien tu padre...
- MARIA. Es inútil que prosigas. Te has figurado engañarme con cuentos como á las niñas. Mire usted si la amistad un obstáculo seria...
- ELISA. Por desgracia lo es muy grande: y si no, ¿por qué, Maria, Cárlos te abandona asi, ni te halaga, ni te mima? por los malditos amigos.

- MARIA. ¿Eso es cierto? ¡qué injusticia!  
Pero yo sabré vengarme.  
Desde mañana tu hija  
vá á asistir á las tertulias,  
á proporcionarse amigas,  
á bajar al Prado á pie,  
á hacer sola mil visitas,  
y en fin, otras muchas cosas  
que conozco que le irritan.  
Iré á bailes, si señor;  
me dirán galanterias,  
y polkaré y valsaré  
con todos los que lo pidan:  
y aunque me pase de frio  
y pille una pulmonia,  
iré siempre descotada,  
que es lo que mas le fastidia.
- ELISA. No llesves tan al extremo  
las cuestiones, hija mia.
- MARIA. No se ha de burlar de mí:  
soy su mujer, no su víctima.  
No soy de las que se dejan  
que las pongan el pie encima.  
De mí no dirán jamás  
«la pegó,» no, que dirian  
en tal caso «se pegaron.»
- ELISA. ¿Quién te enseña esas doctrinas?  
Mas calma por Dios, mas calma.  
Te ofuscas; te precipitas.  
Es preciso resignarnos  
con lo que Dios nos envidia.
- MARIA. Si, muy quieta me estaré  
si me cae la casa encima.  
Ahora mismo sabré yo... (Marchándose.)
- ELISA. ¿Qué vas á hacer?
- MARIA. Vuelvo.
- ELISA. Niña.
- Medita mas tus acciones.  
(Se oyen clarines de caballeria.)
- MARIA. Ya estan meditadas. Mira,  
á la instruccion vá la tropa;  
ya mi venganza principia.

Voy á ponerme al balcon  
á ver la caballería.

(Váse por la puerta de la izquierda.)

## ESCENA IX.

ELISA, y á poco ARTURO con un ramo de flores.

ELISA. Siento haberla dicho nada.  
¡Válgame Dios qué loquilla!  
Despiertan tan de repente  
de su letargo las niñas...

ARTURO. Con tu permiso...

ELISA. Adelante.

ARTURO. ¿Cómo estás?

ELISA. Muy bien, Arturo.

¿Y tú? (Le indica que se siente.)

ARTURO. Junto á tí seguró  
que se está bien.

ELISA. ¡Qué galante!

ARTURO. Por el jardín di scurriendo  
te he formado este presente:  
son flores que expresamente  
fui para Elisa escogiendo.  
Valen poco á la verdad  
sin que el mérito rebaje...  
pero en su mudo lenguaje  
son emblema de amistad.

ELISA. La tuya con alegría  
yo la acepto sin doblez,  
y esta flor sirva á su vez  
como emblema de la mía.

(Arranca un pensamiento del ramo y se lo dá. Vá á besarle la mano y Elisa la retirá.)

ARTURO. (Ligero anduve á mi ver.)

ELISA. (Elisa, nada te asombre.)

ARTURO. (¿Y mi dignidad de hombre?)

ELISA. (¿Y tu orgullo de mujer?) (Pausa.)

ARTURO. En una humilde cabaña  
viviera yo aqui. ¡Qué brisa!  
Dime, ¿el paraiso, Elisa,  
sabes si estuvo en España?

- Bello es el llano y el monte.  
ELISA. ¿Ves tu patria con anhelo?  
ARTURO. Hallo mas puro su cielo,  
mas risueño su horizonte.  
¡Todo es aqui tan hermoso!  
Los perfumes son mas suaves,  
y hasta el canto de las aves  
parece mas armonioso.  
¡Qué praderas tan divinas!  
Allí del aura el arrullo  
se mezcla con el murmullo  
de las aguas cristalinas.  
Y mas su belleza encumbra  
ver el matiz de las flores:  
parece que sus colores  
dan al sol que las alumbrá
- ELISA. ¡Magnífico!  
ARTURO. La razon  
al hablar de España pierdo.  
ELISA. Y tal vez algun recuerdo  
aumente mas la ilusion.  
ARTURO. Recuerdo, pero perdido.  
ELISA. Será de tiempos mejores...  
ARTURO. Si tal; un sueño de amores  
por siempre desvanecido.  
ELISA. ¿Para nunca mas volver?  
ARTURO. La fé, Elisa, mucho alcanza;  
pero ha muerto la esperanza  
con el recuerdo de ayer.  
ELISA. Pero á veces el destino (Con entusiasmo.)  
que nuestros males dispone,  
sin saber cómo, nos pone  
la dicha en nuestro camino.  
Acaso exista algun ser  
que cure males del alma.  
ARTURO. ¿Será cierto? (Arturo, calma.)  
ELISA. (Elisa, ¿qué ibas á hacer?) (Pausa.)  
ARTURO. (¡Si es un ángel, santo Dios!)  
(La mira de hito en hito, y despues de una gran pausa  
se decide á levantarse.)  
Di, ¿comeis á la francesa?  
ELISA. — Á las dos sirven la mesa;



- ARTURO. Pues, Elisa, hasta las dos. (Pausa.)  
(Al darle la mano Arturo, se la coge Elisa y le detiene.)
- ELISA. ¡Cómo! ¿tan pronto te vas?
- ARTURO. (Ap.) Muy poco en mi calma fio.
- ELISA. ¿No estás bien al lado mio?  
Espérate un poco mas.
- ARTURO. (Es una lenta agonía.)
- ELISA. Vamos, siéntate á mi lado.  
Apenas hemos hablado  
de nuestra pobre Maria.
- ARTURO. De Maria... si, es posible.  
¿Está bien?... (¡Qué es lo que digo!)
- ELISA. La pobre lleva consigo  
una duda tan horrible!  
Penetrar quiere el arcano  
que nos separa de tí.  
Hace un instante que aqui  
me suplicó... pero en vano.  
¿Piensas en ella tambien?
- ARTURO. ¿Cómo no hacerlo? es mi hija.
- ELISA. Perdóname que te aflija;  
mas no la conoces bien.  
¡Me guarda tal parecido!
- ARTURO. Si, se conoce bastante.
- ELISA. El mismo espíritu amante;  
ese afan por su marido.  
Ocultando su pesar (Con entusiasmo.)  
por evitar un agravio;  
su corazon y su labio  
dispuestos á perdonar...  
(Vamos pierdo la razon.)  
Vuelvo, Arturo. (Yéndose.)
- ARTURO. Esa sonrisa...
- ELISA. Adios, adios...
- ARTURO. Pero, Elisa... (Siguiéndola.)
- ELISA. (No me vendas, corazon.)  
(Váse precipitadamente por la puerta derecha.)

ESCEÑA X.

ARTURO y MARIA.

- ARTURO. Detenté, iluso, detente.  
¿Qué pasa, Arturo, qué es esto?
- MARIA. Más vale tarde que nunca
- ARTURO. (¡Maria! disimulemos.)
- MARIA. Vamos á ver; ante todo,  
¿cuándo se muere el enfermo?
- ARTURO. ¿Qué enfermo?
- MARIA. ¡Papá, me gusta!  
Ese amigo tan sincero;  
ese príncipe danés  
que está dañado del pecho.
- ARTURO. ¿Qué príncipe ni qué amigo?  
¿muchacha, qué estás diciendo?  
Medita...
- MARIA. ¿No digo yo  
que me estan contando un cuento?  
¿Desde no sé qué país  
no vienes tú de enfermero  
cuidando á un amigo tuyo,  
que nunca veré yo muerto,  
privándome su dolencia  
de los halagos paternos?
- ARTURO. Vamos, vamos, basta ya:  
no quieras correr el velo,  
que vale más ignorarlo  
que aclarar este misterio.
- MARIA. Todos me riñen, ¡Jesus!  
Ya no trato de saberlo.
- ARTURO. Pensemos en tí, Maria.  
¿Eres feliz?
- MARIA. Ni por pienso.  
Acabo de descorrer  
un velo; ¡pero qué velo! (Llorando.)
- ARTURO. ¡Cómo! ¿lloras?
- MARIA. ¿Qué he de hacer  
cuando la ventura pierdo?  
¡Cárlos me vende, me engaña!

Anoche me urdió el pretexto  
de que se quedó velando  
á un moribundo, y hoy veo  
sobre su cama unos guantes,  
corbata blanca, frá negro:  
todo un traje de etiqueta,  
en un desórden completo,  
y una esquila de convite  
en el bolsillo del pecho.

Vá á los bailes, se divierte  
mientras yo por él ni duermo.

¡Es un traidor, un infame!

ARTURO. ¡Ah bribon! ¿esas tenemos?  
¿Ya empieza á tender sus alas?  
yo sabré cortarle el vuelo.

Resbala por la pendiente  
donde hay un abismo abierto  
y contenerle es preciso,  
porque aun estamos á tiempo.

Camina del mal en pos.  
¿No le basta con mi ejemplo  
para arrancarse la venda  
y servirle de escarmiento?

MARIA. ¿Con tu ejemplo? Luego tú...

ARTURO. Maria, ¿ya la tenemos?  
Quiero decir que debiera  
seguir siempre mis consejos:  
no abusar de tu candor,  
no empañarte con su aliento.  
Porque el honor del marido  
tiene en la esposa reflejo,  
y despues cuando los años  
labren su arrepentimiento  
y te pida su perdon,  
mendigándote un consuelo,  
verás el llanto en sus ojos;  
verás la angustia en su pecho;  
que estas faltas no se borran  
ni con lágrimas de fuego.

MARIA. Siento pasos. Alguien viene.  
Es Cárlos.

ARTURO. Pues vete adentro.

- Déjale á solas conmigo.  
MARIA. Su ayuda te preste el cielo.  
(Váse. Arturo la acompaña hasta la primera puerta izquierda.)  
ARTURO. Vamos, Arturo, valor.  
Si mi ventura no, al menos  
hagamos la de los otros:  
mi vida entera por ellos.

## ESCENA XI.

ARTURO y CARLOS. Este sale tarareando, y repara en Arturo,  
al que saluda, como con repugnancia.

- CARLOS. ¿Cómo estamos?  
ARTURO. Bien.  
CARLOS. Me alegro.  
¿Hoy te quedas á comer?  
ARTURO. Hoy te vengo á reprender.  
CARLOS. (Saludo de papá—suegro.)  
¿Hoy justamente querias?...  
Una duda se me ofrece,  
y es, papá, que me parece  
que quieres todos los dias,  
ARTURO. Tu conducta no me explico.  
CARLOS. Es muy fácil, y me fundo.  
¿Pues qué ha de hacer en el mundo  
un muchacho guapo y rico?  
¿Se ha de encerrar en un templo?  
ARTURO. ¡Esto ya es inaguantable!  
CARLOS. Y ante todo es muy laudable  
seguir de un padre el ejemplo.  
ARTURO. ¿Te mofas de mí? ¡Qué brios!  
¿Tratas de reconvenirme?  
Mal que te pese has de oirme.  
CARLOS. (Amados oyentes míos.)  
ARTURO. Vas difundiendo tu lava  
como el ardiente volcan.  
¿Te has figurado en tu afán  
que es tu mujer una esclava?  
CARLOS. ¿La pego? Vamos á ver.  
Yo creo que no dirás...

- ARTURO. ¡Hombre, no faltaba mas  
que pegar á su mujer!
- CARLOS. Pues entonces, ¡qué demonio!  
¿he de estar siempre á su lado?  
Estas cosas, bien mirado,  
son gajes del matrimonio.
- ARTURO. No comprendes el valor  
que tienen la paz, la calma:  
no sabes que es para el alma  
dulce bálsamo el amor,  
y vas en pos del placer,  
mal que á Maria la cuadre.  
Acuérdate de tu madre  
al faltar á tu mujer...  
Hoy su amor te causa enojos,  
te martiriza quizás:  
mañana le buscarás  
con lágrimas en los ojos,  
cual sediento peregrino  
que ancho desierto al cruzar,  
siente á sus plantas brotar  
un manantial cristalino.  
Es la dicha, es la esperanza  
que el espíritu alimenta;  
tras de la ronca tormenta  
es el iris de bonanza.  
Es la luz que el caminante  
en lontananza vislumbra;  
la clara estrella que alumbra  
al perdido navegante.
- CARLOS. No está mal, por Belcebú,  
pero visto desde lejos.  
Si son tan buenos consejos  
¿por qué no los sigues tú,  
y no que con faz airada  
siempre has de ser mi martillo?
- ARTURO. (¡El demonio del chiquillo!...  
Me cortó la retirada.)
- CARLOS. Dáme otro ejemplo mejor.  
Únete con tu mujer,  
pues lo contrario es hacer  
el diablo predicador.

Entonces tal vez te crea,  
y será mas á propósito...  
Juro variar de propósito  
cuando en sus brazos te vea.

ARTURO. Pues bien, Cárlos, yo la adoro  
con ese plácido anhelo  
que dá la paz y el consuelo;  
pero su perdon no imploro.  
Hijo, soy un miserable.  
Al verme á sus pies postrado  
me arrojará de su lado,  
porque he sido muy culpable.  
No te extrañe que me aflija  
pensando en mi desventura.  
¿Debe un padre por ventura  
abandonar á su hija?  
Yo asesiné su ilusion;  
yo rompí tan dulces lazos...

## ESCENA XII.

DICHOS, GASPAS y ELISA por la puerta de la izquierda, á poco  
MARIA por la de la derecha.

GASPAR. Si, pero hoy vuela á tus brazos  
y te otorga su perdon.

ARTURO. ¡Elisa! (Se arroja en sus brazos.)

ELISA. ¿No es esto un sueño?

GASPAR. Olvidad vuestros deslices  
y volved á ser felices.  
Vuestro mañana es risueño.

MARIA. ¡Cómo! ¡abrazados los dos?  
¡Explicadme, pues no acierto!...

CARLOS. Nada, que el enfermo ha muerto.

MARIA. ¿Ha muerto? gracias á Dios.  
(Arturo y Elisa abrazan á Maria.)

ARTURO. Dios que todo lo concilia  
calmó mi dolor eterno. (Á Gaspar.)  
Son la lumbre en el invierno  
los lazos de la familia.

## ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, MANUELA y RODRIGUEZ.

- ROD. Don Gaspar, vengo al vapor...  
(¡Jesus! (Viendo abrazados á Elisa y Arturo.)  
¿tendré alguna nube?)
- GASPAR. ¿Qué sucede?
- ROD. Que ya sube  
la señorita, señor.
- GASPAR. ¡Vamos! (Julia aparece en el foro.)  
(Se dirigen todos al foro, menos Manuela y Rodriguez,  
que quedan en primer término contemplándose atóni-  
tos y hablando aparte.)
- MAN. ¿Está duro, Antonio?
- ROD. Mas blando que la magnesia.  
Manuela, estoy con la Iglesia:  
«el sétimo, matrimonio.»

FIN DE LA COMEDIA.

---

*Habiendo examinado esta comedia, no hallo  
inconveniente alguno en que su representacion  
sea autorizada.*

*Madrid 27 de abril de 1864.*

El censor de teatros,  
ANTONIO FERRER DEL RIO.









rid en 1818.  
rid á vista de pájaro.

ro y Blanco.  
guo se entiende, ó un hom-  
e tímido.  
leza contra nobleza.  
es todo oro lo que reluce.

upia

ósito de enmienda.  
ar á rio revuelto.  
ella y por él.  
heridas las de honor, ó el  
sagravio del Cid.  
la puerta del jardín.  
eroso caballero es D. Dinero,  
ados veniales.

e convidó al Coronell...  
en mucho abarca.  
é suerto la mía!  
ién es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebecca.  
Rival y amigo.

Su imágen  
Se salvo el honor.  
Santo y peana.  
San Isidro (*Patron de Madrid.*)  
Sueños de amor y ambicion.  
Sin prueba plena.  
Si la mula fuera buena...

Tales padres, tales hijos  
Traidor, inconfeso y mártir.  
Trabajar por cuenta ajena.  
Todos unos.

Un amor á la moda.  
Una conjuraction tementna.  
Un dómine como hay pocos  
Un pollito en calzas prietas.  
Un huesped del otro mundo.  
Una venganza leal  
Una coincidencia alfabetica.  
Una noche en blanco.

Uno de tantos.  
Un marido en suerte.  
Una leccion reservada.  
Un marido sustituto.  
Una equivocacion.  
Un retrato a quema ropa.  
¡Un Tiberio!  
Un lobo y una raposa.  
Una renta vitalicia.  
Una llave y un sombrero.  
Una mentira inocente.  
Una mujer misteriosa.  
Una leccion de corte.  
Una falta.  
Un paje y un caballero.  
Un si y un no.  
Una lágrima y un beso.  
Una leccion de mundo.  
Una mujer de historia.  
Una herencia completa.  
Un hombre fino.  
Una poetisa y su marido.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la  
serranía de Ronda.

## ZARZUELAS.

géllica y Medoro.  
nas de buena ley.  
ual mas feo.

veyina la Gitana.  
pido y Marte.  
iro y Flora.

Siscenando.  
la Mariquita.  
y Crisanto, ó el Alcalde pro-  
cedor.

Bachiller.  
doctrino.  
ensayo de una ópera.  
calesero y la maja.  
perro del hortelano.  
Centa y en Marruceos.  
leon en la ratonera.  
último mono.  
redos de carnaval.  
delirio (drama lirico).  
Postillon de la Rioja (*Música*)  
Vizconde de Lectorieres

El mundo á escape.  
El capitán español.  
El Corneta.  
El hombre feliz.  
El cabello blanco.

Jacinto.  
Juan Lauas. (*Música.*)

La litera del Oidor.  
La noche de ánimas.  
La familia nerviosa, ó el suegro  
omnibus.  
Las bodas de Juanita. (*Música.*)  
Los dos Flamantes.  
La modista  
La colegiala.  
Los conspiradores  
La espada de Bernardo  
La hija de la Providencia.  
La Roca negra.  
La estatua encantada.  
Los jardines del Buen Retiro.  
Loco de amor y en la corte.  
La venta encantada.  
La loca de amor, ó las pristo-  
nes de Edimburgo.

la Jardinera. (*Música.*)  
La Toma de Tetuan.  
La cruz del Valle.  
La Cruz de los Humeros.

Mateo y Matea.  
Moreto. (*Música.*)

Nadie se muere hasta que Dios  
quiere.  
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina:

Tal para cual.

Un primo.  
Una guerra de familia.  
Un cocinero.  
Un sobrino.

# PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

## PROVINCIAS.

|                    |                               |                                |                    |
|--------------------|-------------------------------|--------------------------------|--------------------|
| Adra.....          | Robles.                       | Lugo.....                      | Viuda de Pujol.    |
| Albacete.....      | Perez.                        | Malón.....                     | Vinent.            |
| Alcoy.....         | Martí.                        | Málaga.....                    | Taboadela.         |
| Algeciras.....     | Ainenara.                     | Idem.....                      | Cañavate.          |
| Alicante.....      | Ibarra.                       | Mataró.....                    | Abadal.            |
| Almería.....       | Alvarez.                      | Murcia.....                    | Hered. de Andrión. |
| Avila.....         | Palomares.                    | Orense.....                    | Robles.            |
| Badajoz.....       | Rino.                         | Orihuela.....                  | Berruero.          |
| Barcelona.....     | Hered. <sup>a</sup> de Mayol. | Osuna.....                     | Montero.           |
| Idem.....          | Cerdá.                        | Oviedo.....                    | Mántaras.          |
| Bejar.....         | Coron.                        | Palencia.....                  | Gutierrez é hijos. |
| Bilbao.....        | Astuy.                        | Palma.....                     | Gelabert.          |
| Burgos.....        | Hervias.                      | Pamplona.....                  | Barrena.           |
| Cáceres.....       | Valiente.                     | Pontevedra.....                | Verea y Vila.      |
| Cádiz.....         | V. de Moraleda.               | Pto. de Sta. Maria             | Valdegrana.        |
| Cartagena.....     | Muñoz Garcia.                 | Reus.....                      | Prius.             |
| Castellón.....     | Perales.                      | Ronda.....                     | Gutierrez.         |
| Ceuta.....         | Molina.                       | Salamanca.....                 | Huebra.            |
| Ciudad-Real....    | Arellano.                     | San Fernando...                | Meneses.           |
| Ciudad-Rodrigo.    | Tejeda.                       | Sanlúcar.....                  | Esper.             |
| Córdoba.....       | Lozano.                       | Santa Cruz de Te-              |                    |
| Coruña.....        | García Alvarez.               | nerife.....                    | Power.             |
| Cuenca.....        | Mariana.                      | Santander.....                 | Laparte.           |
| Ecija.....         | García.                       | Santiago.....                  | Escribano.         |
| Ferrol.....        | Taxonera.                     | San Sebastian...               | Garralda.          |
| Figueras.....      | Bosch.                        | Segorbe.....                   | Mengol.            |
| Gerona.....        | Dorca.                        | Segovia.....                   | Salcedo.           |
| Gijón.....         | Crespo y Cruz.                | Sevilla.....                   | Alvarez y Comp.    |
| Granada.....       | Zamora.                       | Soria.....                     | Rioja.             |
| Guadalajara....    | Oñana.                        | Talavera.....                  | Castro.            |
| Habana.....        | Charlaín y Fernz.             | Tarragona.....                 | Pujol.             |
| Haro.....          | Quintana.                     | Teruel.....                    | Baquedano.         |
| Huelva.....        | Osorno.                       | Toledo.....                    | Hernandez.         |
| Huesca.....        | Guillen.                      | Toro.....                      | Tejedor.           |
| I. de Puerto-Rico. | Mestre.                       | Valencia.....                  | Moles.             |
| Jaen.....          | Idalgo.                       | Valladolid.....                | H. de Rodriguez.   |
| Jerez.....         | Alvarez.                      | Vigo.....                      | Fernandez Dios.    |
| Leon.....          | Viuda de Miñon.               | Villan. <sup>a</sup> y Geltrú. | Creus.             |
| Lérida.....        | Sol.                          | Vitoria.....                   | Galindo.           |
| Logroño.....       | Verdejo.                      | Ubeda.....                     | C. Treviño.        |
| Lorca.....         | Goinez.                       | Zamora.....                    | Fuertes.           |
| Lucena.....        | Cabeza.                       | Zaragoza.....                  | V. de Heredia.     |